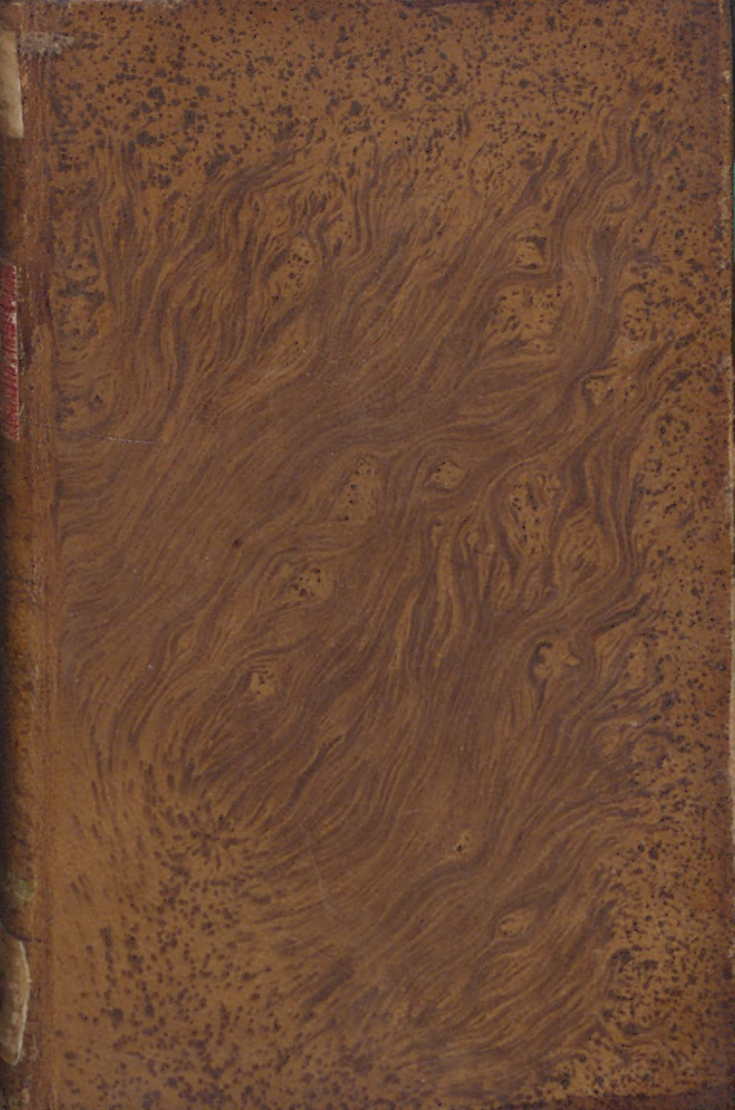
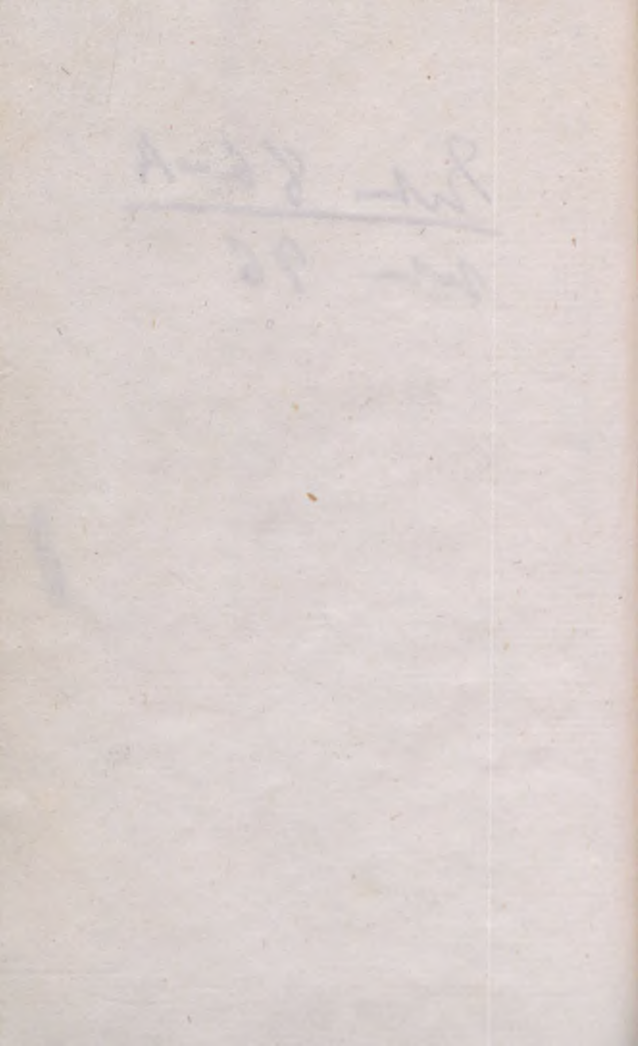



Es propiedad de
D. Francisco Mensayas.



DELIA

NOVELA RUSA



DELIA

NOVELA RUSA.



¿Que poder sobrehumano ha hecho tan portentosa mudanza? La educacion y el amor.

DELIA

ó EL

PODER DE LA EDUCACION:

Novela Rusa,

PUESTA EN CASTELLANO

POR DON LUCAS JALON Y GIGOENA. (1)

*

La hermosura suele deslumbrar; pero no es
bastante para cautivar un corazon sino
viene acompañada de mas sólidas
y duraderas calidades.

*

BARCELONA:
IMPRENTA DE SIERRA Y MARTÍ,
1828.

Con las licencias necesarias.

Anagrama de Juan Nicasio Gallego.

ADVERTENCIA.

Hablábase un dia en presencia de un general ruso de las pesadas formalidades que exigen en Francia los matrimonios. "En Rusia adolecemos del inconveniente contrario porque son poquísimas, pues no se necesita mas que el mutuo consentimiento de los interesados, y esta facilidad suele acarrear mas graves resultas, que la lentitud de que se quejan los franceses." Con este motivo refirió el suceso que vamos á repetir añadiendo haber conocido á los principales actores.



DELIA

NOVELA RUSA.

Encendida la guerra por segunda vez entre la Puerta y la Rusia, consiguió desde el principio esta potencia considerables y gloriosas ventajas. El príncipe Dazekoff, mancebo intrépido, contribuyó por medio de una accion de las mas arrojadas al triunfo de las armas de Catalina. Á la edad de veinte años la primera victoria es en sus efectos semejante á los primeros amores: el alma de aquel jóven se llenó del generoso entusiasmo que produce los héroes, y una noble recompensa aumentó la felicidad de que gozaba. Elijiόle

el general para llevar á la emperatriz tan prósperas nuevas, y ¿qué mayor ventura que ir á poner á los pies de su soberana los laureles que acababa de cortar?... Dase prisa por lograr este nuevo triunfo no menos grato á su corazon que el precedente, y á penas dejaba tras sí las primeras colinas, cuando ya con su fogosa imaginacion se habia trasladado desde las orillas del Pruth á las márgenes del Neva; ya se veía en la augusta presencia de la emperatriz, que con una sola palabra, con una mirada daba digno galardon á sus servicios inflamando así mas y mas el natural ardor de su espíritu guerrero... Engolfado en tan lisongeras ilusiones, y ansioso de verlas realizadas, va contando los instantes uno por uno; los caballos no corren á medida de su im-

paciencia, y las paradas son para él un suplicio insoportable.

Tal fue Dazekoff, el fogoso Dazekoff el primer dia de su viage: el segundo algo mas tranquilo se iba acostumbrando ya al preciso descanso, y cuando llegó á la aldea de Lebnau tal vez apetecia alguna distraccion con que abreviar los momentos que tardaba en mudar de caballos. Cabalmente no estaban prontos á pesar de haber enviado un postillon delante, y cansado de esperar, salta de la silla de posta con el fin de activar esta diligencia por sí mismo; pero la posada estaba hecha una confusion. Acababan de llegar dos regimientos, cada oficial se apoderaba de la primera habitacion que veía, y el dueño no estaba allí para recibir al ilustre é impaciente viagero. ¿Con qué aquí,

esclamó Dazekoff, no hay medio alguno ni de marchar ni de quedarse?.. y en medio de sus imprecaciones contra tan desagradable contratiempo, le llamó la atencion el rumor de la estrepitosa alegria que sonaba en una pieza inmediata. Entra en ella, y halla reunidos multitud de oficiales jóvenes, que á su vista contienen los desahogos de su buen humor, recibiéndole con el respeto debido. Mas luego que supieron la noticia de la reciente victoria y la parte que en ella habia tenido el príncipe, se renovaron con mayor fuerza los clamores de júbilo en todo el concurso. Todos le rodean, le admiran, le dan mil elogios, y el amor de la gloria, inflamando el corazon de aquellos guerreros, confunde momentáneamente grados y distinciones. Em-

piezan en seguida copiosos y repetidos brindis; auméntase el placer y el alborozo, y cuando ya el ruido de las copas y el juvenil bullicio de tan alegre reunion estaban en su colmo, entró el posadero, que sabedor de la llegada del príncipe, se disculpa con él con las mas humildes demostraciones, gritando al mismo tiempo á sus criados para que le preparasen digno alojamiento. Fritz, Enrique, Mikaïl!—Ninguno responde.—¿Dónde diablos andan estos muchachos? esclamó: apuesto á qué están en la boda!. Perdonad, señor, y creed que no es frecuente en mi casa este descuido; pero hoy parece que á todos los habitantes del lugar se les ha trastornado el seso. Paso de tropas, un casamiento, un nuevo pope (*), son demasiadas no-

(*) Asi se llaman los párrocos en Rusia.

vedades para que no esciten la curiosidad, y yo mismo no responderia de que... Si estos caballeros... Si el señor príncipe lo tuviese á bien... Oh! Será una cosa digna de verse!.. En obsequio del nuevo pastor y de los novios está la iglesia tan adornada de ramos y guirnaldas que no parece la misma. Es cosa magnífica, señores! pero sobre todo lo que hay que ver es la novia.=Quién es es esa novia? pregunta Dazekoff, sonriéndose del entusiasmo del buen posadero. Es jóven? Es bonita?= ¿Cómo bonita? Contestó: Si la que se casa es Delia!! (como si debiera conocerla todo el mundo)=Pero esa Delia quién es?=La mas bella y virtuosa de toda esta comarca. ¡Pobre Delia! ¡Casarse á los quince años con un hombre de sesenta! ¿Pues no es una lástima, señor!.. Viendo

que el príncipe le escuchaba con cierto interes, prosiguió diciendo: ¡Cómo lloraba ayer la infeliz al pensar en que hoy debe dar su mano al viejo Yvan Oskoff!... En esto suena un gran ruido, que va creciendo por instantes, y se descubre la numerosa comitiva camino de la iglesia. Un impulso de curiosidad y acaso de interes arrebata al impetuoso Dazekoff; sus resplandecientes decoraciones, y mucho mas su noble y grata fisonomia infunde respeto á todo el concurso, y causa la admiracion universal: abrénle paso, y atravesando por entre las gentes apiñadas llega á las gradas del templo en el momento mismo que la novia.... Jamas habian visto sus ojos tan singular belleza, cuyo primer efecto fue una esclamacion de asombro. En el corazon ardiente de Dazekoff la glo-

ria, la compasion, el amor, todo es estremado, y en aquel momento subió tal vez de punto la natural exaltacion de sus sentimientos... Ya no ve otra cosa que á Delia; y se precipita en la iglesia para contemplarla. En sus bellas facciones se ve pintada la mas profunda melancolía; las lágrimas mal contenidas entre sus anchos párpados descubren la agitacion de su pecho; tímida y silenciosa va siguiendo las pisadas de su esposo sexagenario... Dazekoff la observa, y no le queda la mas leve duda de que es una víctima que va á sacrificarse en las aras de himeneo... ¡Ó jóven desventurada! esclamó dentro de sí: ¿Quién te sacrifica tan inhumanamente? y tú, feliz mortal, eres digno por ventura de tan rico tesoro?

En medio de la turbacion que

le agita no echa de ver que es objeto de la atencion general, olvidada en aquel momento hasta de la misma novia. En la iglesia reina entretanto la mayor confusion: crece el tumulto con la entrada repentina de los soldados que se mezclan y confunden con los aldeanos, y todo el concurso se agolpa en el templo con el mayor desórden. Las oleadas del confuso tropel separan á los novios y Delia llega sola al pie del altar.... Dazekoff fuera de sí, arrebatado por un impulso maquinal se pone de rodillas á su lado. Aparece el ministro; la presencia de los novios es lo único que la ley requiere porque esta supone su consentimiento, y antes que nadie haya pensado siquiera en oponerse á tan singular union ya estaban dadas las bendiciones nupciales.

El esterior respetuoso del príncipe y su dignidad en un pais en que todo cede al prestigio de la clase elevada, hicieron que no despegase sus labios la multitud deslumbrada y aturdida del suceso. Sin duda iguales motivos contuvieron las quejas del esposo reemplazado, añadiendo algunos que ya medio arrepentido al ver claramente la repugnancia de la novia, y al oir la desaprobacion general en su tránsito desde casa á la iglesia, dió gracias en su interior al estraño incidente que le sacaba de aquel empeño. Lo cierto es que avergonzado del papel que hacia, desapareció mas que de paso entre la muchedumbre. En órden á Delia dicen algunos que abismada en sus sentimientos y sobrecogida por el respeto y gravedad del acto, tuvo los ojos bajos durante la

ceremonia y no echó de ver el trueque; pero otros aseguran que una rápida ojeada le bastó para hacerse cargo de lo que ganaba en él, y se resignó sin manifestar la menor estrañeza. Como quiera que fuese, dada la bendicion, y ofrecida la copa á los desposados, segun la costumbre rusa (*), Delia cortada la aplicó temblando á los labios, y Dazekoff, no mas sereno tal vez, afianzó del mismo modo el mas sagrado de los juramentos... El pope se retira; salen las gentes de la iglesia con el mismo tropel, y todos fijan la vista en los nuevos consortes, entre quienes no se encontraba otra conformidad que la mutua belleza.

Vuelto á penas en sí de su embeleso el imprudente Dazekoff, se

(*) En Rusia entre otras ceremonias beben al fin los novios en una misma copa.

acuerda de pronto de su mision que no da la menor espera: y al ver que la silla estaba pronta, sube á ella diciendo que una órden de la emperatriz le fuerza á proseguir precipitadamente su viage; pero que no tardará en volver á reclamar los derechos que acababa de adquirir, y que siempre tendrian en su corazon el lugar preferido.

Esta partida tan precipitada como el mismo casamiento aumentó la admiracion de todos los espectadores. Sin embargo el príncipe habia cumplido las formalidades necesarias: su empeño era irrevocable, y su nombre conocido; pero esto no bastaba á satisfacer los deseos de Delia: no porque la hubiese deslumbrado el esplendor de la grandeza en el trage del príncipe, sino por que habiendo osado poner pasageramen-

te los ojos en los de su libertador, se sintió penetrada de una nueva y desconocida sensacion, que creyó nacida de gratitud y era de muy distinta naturaleza.

Era esta preciosa criatura víctima, no de la obediencia, sino de la ternura filial, la cual la redujo á consentir en dar su mano á los quince años de su edad á un hombre á quien respetaba como á padre, pero á quien le era imposible amar como marido. Jamas hubiera contraido por miras ambiciosas un enlace, que repugnara su corazon, mas no tuvo ánimo para resistir á las lágrimas de su madre, la cual perseguida muy de antemano por la desgracia, no pudo encontrar otro auxilio desde la muerte de su esposo, que la compasion benéfica de un hombre honrado y respetable.

camarada antiguo de aquel en el ejército en su primera juventud. El largo padecer de esta pobre viuda tenia ya tan menoscabada su salud, que recelando su próximo fin, nada le causaba tanta afliccion como el considerar el abandono en que iba á quedar una hija, adorada, niña, hermosa, llena de atractivos, y expuesta á los riesgos que tanto acrecientan tales circunstancias en el estado de miseria á que habria de verse reducida. Habia recibido una educacion superior á su clase, y no pudiendo desconocer las consecuencias de su situacion, admitió gustosísima la propuesta que le hizo su bienhechor de asegurar á su hija bajo el título de esposo suyo el asilo y proteccion que tanto necesitaba. « En él encontrarás, la decía, un segundo padre, y mis últimos dias serán venturosos si pue-

do contemplar tu suerte futura en tan halagüeña perspectiva."

Delia á quien jamas habia ocurrido resistir los deseos de su madre ¿cómo era posible que se opusiese á este que por ser el último le parecia el mas sagrado de todos ellos? Su corazon lo repugnaba ciertamente; pero sabia muy bien que los sacrificios que el deber exige traen consigo mismo su mas grata recompensa. Estaba pues resignada á obedecer cuando la súbita aparicion del ilustre incógnito vino á trastornar su futuro destino.

Entretanto el príncipe tan vivamente deseado no parecia: pasaban dias y meses llevándose tras sí los suspiros y las esperanzas de Delia, sin que una sola línea ú otro recuerdo viniese á dulcificar la amargura de tanta dilacion. ¡Ay! pobre Delia!

En vano se lisongea tu credulidad cebándose en el dulce halago de engañosas ilusiones! El inconstante Dazekoff tiene de todo punto olvidados los empeños que contrajo corriendo la posta; nuevos objetos arrebatan su atencion, y está bien distante de su memoria la bella cuanto inocente aldeana.

La madre de Delia á quien de dia en día iba arrastrando al sepulcro una enfermedad crónica, se habia reanimado con la esperanza de la feliz colocacion de su hija, pero el largo abandono de Dazekoff fue para ella un golpe irresistible. Privada del único apoyo que la quedaba en el mundo, nada podia apartar de su imaginacion el desamparo de su hija querida ni calmar sus inquietudes en órden á su suerte venidera. Yvan, único amparo de esta

triste familia habia desaparecido para siempre; al menos nadie le volvió á ver en el lugar desde el momento de la aciaga ceremonia. En efecto ignorando las consecuencias fatales que habian resultado á Delia de aquel suceso, y temiendo por su parte las pullas de ciertas gentes, y la irónica lástima de otras, habia regresado á Sajonia su patria resuelto á no presentarse en Lebnau en el resto de su vida. Semejante desaparicion privó de toda especie de esperanza y de consuelo á aquella pobre madre, la cual no bastando á resistir tan agudas penas espiró en los brazos de su hija, implorando del cielo que mirase por la infeliz huérfana y protegiese su inocencia.

¡Quién podrá encarecer el dolor de Delia en este trance? Sola y aislada en la tierra, la muerte cruel y

el olvido mas cruel acaso que la muerte, la privan á un tiempo de cuanto amaba en el mundo, sin que halle si quiera quien la dé el mas leve consuelo en tanta desventura. Mientras se creyó que de simple aldeana iba á convertirse en una gran *princesa*, la envidiaban todos sin atreverse á zaherirla; pero ahora que ven desvanecidas sus esperanzas de felicidad y grandeza, todos la echan en cara tachas y defectos que nadie habia imaginado. Acúsanla de merecer su mala suerte por haber sacrificado á su desmedida ambicion un esposo respetable, consintiendo en la metamórfosis de un príncipe, mozo y agraciado sin duda, pero que la desdeñaba y se olvidaba de ella en la actualidad. El buen Yvan, que habia sido hasta entonces la fábula del pueblo, era objeto ahora de la com-

pasion general, no tanto por verdadero interes, cuanto por hacer mas odiosas las acriminaciones contra Delia.

Así va el mundo: en todos tiempos y paises persiguen nuevas desgracias al desgraciado. Todos se ensangrientan en el para dispensarse de darle auxilio, del mismo modo que tributan incienso al ensalzado con el fin de merecer su gracia y sus favores. Sobre el uno carga todo el vituperio, y al otro le colman de alabanzas sin incomodarse en averiguar si son, ó no, merecidas, pues tal es la justicia con que el interes personal distribuye á ciegas el menosprecio ó la estimacion entre las gentes. La triste Delia, blanco de tantos denuestos, aunque poco merecidos, siente su amargura, y cada dia cobran mas cuerpo en su imaginacion. Sin embargo no se deja abatir de la des-

gracia, pues criada en la escuela del infortunio ha llegado á adquirir en ella aquel esfuerzo que pugna por salir de tan dolorosa situacion, y resuelta á hacer frente al deshonor con que la ha mancillado el abandono del príncipe, se propone emplear cuantos medios pueda para alcanzar la reparacion debida. La memoria de su madre la exige, y su corazon ansia por ella en secreto. Desde el fatal instante en que unió su mano con la del príncipe Dazekoff, no ha podido apartarle de su memoria un solo punto; y como á los quince años el objeto que ocupa con frecuencia la fantasia, encuentra facil entrada en el corazon, el príncipe á pesar de su total olvido y de su cruel inconstancia, supo apoderarse del de la sensible Delia. No tiene otro pensamiento que el de dar á respetar su derecho indisputable,

mas no alcanzan el medio de conseguirlo su corta edad y su inexperiencia en tales negocios. Privada de parientes y de amigos ¿quién la ayudará con saludables consejos? ¡Ay! que la infeliz tiene que ser su propia consejera! ¿Dónde acudirá á buscarlos? á su corazon, ó á su entendimiento? Tan pronto adopta un proyecto, como le desecha sin llegar á fijarse en ninguno por encontrar en todos ellos mil inconvenientes ó peligros.

Mientras ella vacilaba en tan penosa incertidumbre, colmado Dazekoff de favores por la emperatriz, y habiendo cesado repentinamente las hostilidades, obtuvo en palacio nuevas honras y distinciones. Desde entonces la ambicion y sus brillantes prestigios eran lo único que ocupaba sus potencias perdiendo de todo pun-

to hasta la memoria de los sucesos pasados.

Su madre la princesa viuda, muger ambiciosa y altiva formaba proyectos magnificos en órden á su colocacion. Sus riquezas, su clase elevada, y la gallardia de su presencia justificaban en cierto modo las gigantescas pretensiones de aquella señora, que amaba á su hijo con cuanto estremo cabe en un corazon poseido del orgullo mas desenfrenado.

Entre todos los defectos que afligen á la especie humana, tal vez es la vanidad el mas comun y el menos tolerable, por cuanto esta pasion hija de un escesivo y mal calculado amor propio, supone el mérito donde no existe, y le desconoce donde realmente se encuentra, estraviando á un tiempo el corazon y el juicio; pues las personas que adolecen de

semejante flaqueza estan enteramente imposibilitadas de sentir y de raciocinar con acierto.

Dazekoff, aunque no tan dominado de la vanidad como su madre, no estaba exento de este vicio; pero en un carácter tan ligero é insubsistente como el suyo no echan hondas raices ni los defectos ni las virtudes.

Un dia en que justamente estaba la princesa hablando con su hijo de sus soberbios planes de futuro engrandecimiento, entraron á avisarle que una jóven en traje de aldeana acababa de llegar á las puertas del palacio y deseaba hablarle. ¿Qué muger es esa? preguntó Dazekoff, y el criado confuso y entre dientes pudo al fin contestar: «Señor, al principio se empeñó en no darse á conocer, pero insistiendo yo en que dijese quien era, dice... supone... lla-

marse *la princesa Dazekoff*="La princesa Dazekoff? replicó la madre: ¿á quién sino á mí, corresponde honrarse con ese título? Sin duda esa muger está demente: que se vaya al momento, ó pronto tendrá que arrepentirse de su presuncion ridícula y estravagante." Mas dentro de poco volvió el criado diciendo, que al verse arrojada de allí con tanta ignominia, habia caido desmayada aquella pobre muger, y por humanidad la estaban administrando algunos socorros. Hizo una pintura de su talle, de su edad y facciones en términos, que despertó en el príncipe un confuso recuerdo, y llegó á persuadirse de que no podia ser otra, que aquella jóven desgraciada, cuya existencia habia llenado de amargura por su imprudente ligereza y atolondramiento. Esta idea le afligió infi-

nito, pues no pudo menos de reconocer que era causa de la infelicidad de aquella jóven; ¿pero cómo reparar el daño? Conoce demasiado bien el indomable orgullo de su madre, y tiembla al imaginar que llegue á descubrir el secreto de tan fatal aventura. No dándole su turbacion lugar á otras reflecsiones, insistió en que echasen de allí á aquella loca, y la infeliz Delia se vió arrojar cási moribunda fuera de aquel palacio donde pensó hallar consuelo y apoyo.

En vano quiso de nuevo implorar los auxilios ó al menos la compasion de su esposo; no pudiendo imaginar que cupiese en él tan injusta inhumanidad, se vuelve á la puerta.. se pone á escuchar, clama nuevamente, pero sin que nadie responda á sus lamentos. Viéndose al fin sola, abandonada, sin albergue

alguna, la violencia de su dolor la privó del conocimiento. ¡Infeliz! Si al menos durára mucho esa tregua á su afliccion!. pero vuelta en sí á pocos instantes, la fuerza del dolor la restituye su natural energia. Indignada de tanta barbarie se propone implorar justicia aunque sepa morir en la demanda, y no teniendo ya consideraciones que guardar, cuenta su aventura á las gentes que se habian reunido en torno suyo. Como la princesa era tan odiada por su soberbia, todos se interesan por aquella infeliz, no dudando que fuese víctima de su desmedido orgullo. Entre los presentes se condolió de ella con mayor estremo un anciano de aspecto venerable, quien empezó á hacerla preguntas, quedando sorprendido al saber que sin otra guia que su desesperacion habia emprendido tan largo

y peligroso viage una muger tan jóven y hermosa: y reconociendo en esta resolucion aquel esfuerzo que solo pueden infundir la virtud y la inocencia, creció por momentos el interes que desde luego le habia inspirado. Seguro de la sinceridad de Delia, la reduce á que se presente á la emperatriz, y confie en su innata justicia bien notoria á todos sus vasallos. El mismo forma su memorial, y sin perder tiempo la lleva al palacio de Catalina, colocándola en parage donde al salir la emperatriz, se arroja de rodillas á sus pies y con mano trémula le presenta su bien sentida solicitud. Catalina la levanta con agrado, escucha su justa reclamacion y la promete completo y pronto desagravio, mandándola volver al otro dia trayendo consigo la justificacion de su derecho.

A la hora indicada vuelve á presentarse á la emperatriz, y la informa de las circunstancias de su singular aventura poniendo en su mano los documentos que prueban la validez de su matrimonio. La verdad y la inocencia tienen un acento que jamas engaña; Catalina se convence, y el caracter impetuoso y ligero del príncipe, á quien tenia bien conocido, contribuye mas y mas á su conviccion.

Pero acercándose el momento de llegar la turba de cortesanos, manda la emperatriz á Delia que espere en un gabinete contiguo, diciéndola que pronto volverá á buscarla, y animándola á que se prepare y esfuerce para sostener otra prueba mas terrible. Ya estaban reunidos gran número de personages en presencia de Catalina, cuando compare-

ció el magnifico príncipe Dazekoff. Entrad príncipe, le dijo, que quiero felicitaros por vuestro casamiento, y siento no haberlo sabido hasta ahora. = Mi casamiento? contestó el príncipe entre turbado y sorprendido. Ruego á V. M. se digne darme alguna esplicacion... = ¿Con qué en efecto estais casado? = Yo, señora? yo? = Sí; vos replicó la emperatriz en tono severo. Decid, príncipe Dazekoff: ¿habeis olvidado por ventura la aldea de Lebnau, y aquella joven á quien hicisteis esposa vuestra al pie de los altares?.. Estas palabras dejaron tan atónito al príncipe, como si fuera un rayo cada una de ellas: quiso empezar entre dientes una frase negativa, cuando abriendo la emperatriz una puerta secreta, vieron presentarse una muchacha temblando de miedo, anegada en lá-

grimas y pudiendo apenas sostenerse. Aquí teneis, señores, dijo Catalina á toda su córte, á la *princesa de Dazekoff*. No era ya aquella Delia, admirable por su belleza y por la frescura de sus colores: débil ahora, pálida y abatida por las fatigas de un largo viage y mucho mas por sus penas, estaba tal que costó trabajo al príncipe reconocer sus facciones, por mas que la miraba atónito y cortado. = Príncipe, le dijo Catalina: á mí no me toca juzgar si este enlace es conforme en todas sus circunstancias á lo que de vos debiera esperarse; pero me basta saber que reune los requisitos necesarios para su estabilidad y firmeza. Así pues, reconoced desde este momento por vuestra esposa á esta jóven, asegurándola medios correspondientes á la clase á que la habeis elevado, y

no olvideis que serán infructuosas cuantas tentativas hiciereis para romper un lazo, que si bien fue obra de vuestra ligereza, el honor y las leyes le hacen indisoluble.=

Confundido el príncipe se arroja á los pies de Catalina: señora y mi augusta soberana, le dijo: bien merezco vuestras reconvenciones; pero no me aflijais con vuestros desprecios. Partiré en buen hora mis bienes con esa muger, puesto que ha de tener mis propios títulos; pero si el error ó quizá la compasion, alucinándome instantáneamente, fueron poderosos á hacerme olvidar la distancia que nos separa, no me obligue V. M. á ofrecer á la córte entera el vergonzoso espectáculo de una union tan desigual. En una palabra, viva lejos de mí, y consiento en darla cuanto apetezca. « Delia in-

móvil quiere responderle, pero en balde, pues las palabras espiraron entre sus trémulos labios. Príncipe, contestó la emperatriz; aunque son un poco tardias vuestras reflexiones, quiero sin embargo condescender en la separacion que deseais; pero creed que lo hago menos por satisfacer vuestra vanidad, que por el recelo de comprometer la ventura de la jóven é interesante Delia. Idos, pues, príncipe: retiraos, y reflexionad (si os hallais en aptitud de hacerlo) reflexionad, os digo, el influjo que puede tener en toda nuestra vida una precipitacion culpable. Mas si vuestra falta no admite enmienda, pensad á lo menos en que el fatal resultado de vuestro acaloramiento no sufriré en manera alguna que lo pague esta víctima inocente."

Las decisiones de Catalina eran

irrevocables porque se apoyaban en la justicia; y así en vano clamó contra esta la orgullosa princesa Dazekoff, que tuvo que resignarse en silencio. Sin duda le fue difícil de soportar la precision de partir sus rentas con una simple aldeana; pero verla llamar por el ilustre título de Dazekoff fue para ella el golpe mas afrentoso y sensible, mirándole como una deshonra irreparable. Sin embargo con la esperanza de lograr algun dia la anulacion de tan odioso enlace, arrancó á su hijo el juramento de huir para siempre de la vista de aquella muger indigna de pertenecer á su ilustre familia.

En breve se arregló todo en conformidad con las órdenes de la emperatriz, y Delia, dada á reconocer como princesa Dazekoff, fue puesta en posesion de una magnifica hacienda

léjos de Petersburgo, donde se determinó que residiese apartada del príncipe su esposo.

Si las riquezas bastasen por sí solas á asegurar la felicidad de los vivientes, Delia hubiera sido dichosa en su nueva situacion; pero el tránsito repentino de un estado oscuro al mas encumbrado de la sociedad es una prueba peligrosa cuando la educacion y el trato del mundo no prepara el ánimo á tan súbita mudanza.

Tal era la situacion de Delia, que bajo los dorados techos echa menos su humilde cabaña, y rodeada de multitud de criados apenas tiene aliento para dar una órden, sintiéndose mas dispuesta á suplicar que á mandar, como cosa á que estaba habituada. Los trages inventados por el lujo no son mas que em-

barazos para ella, cuya sujecion no aligera el deseo de brillar, puesto que nunca llegarán á contemplarla los únicos ojos ánte los cuales quisiera únicamente aparecer hermosa. ¡Cruel pensamiento! Nunca está mas léjos, apesar de la gerarquia en que se encuentra, y en medio del fausto que la rodea, de poder esperar atraer hacia sí la voluntad de aquel, á quien le es imposible dejar de querer, aun cuando no le deba otra cosa que aversion y desaires. Ahora es cuando reconoce por la primera vez su inferioridad, y calcula la distancia inmensa que la separa del príncipe. Incapaz de comprender lo que puede la fuerza de las preocupaciones, ó dígase, de la igualdad de circunstancias que el mundo social exige en los casamientos, no atribuye á otra cosa la repugnancia que Dazekoff ha

manifestado hácia ella, que á la falta de educacion, convenciéndose cada dia más de que este enorme defecto presenta la mas continua contraposicion con el fausto en que vive. Sin embargo esta diferencia no tanto humillaba su vanidad, como afligia su corazon, mas este corazon capaz de animosas resoluciones, hallaba en sí mismo el preciso esfuerzo para llevarlas al cabo. "Yo sabré hacerme digna de mi esposo, decia Delia entre sí; de aquel esposo que actualmente me desprecia y acaso con sobrada razon: yo sabré merecerle, ó sino lo consigo, ir á echarme de nuevo á los pies de la emperatriz, pidiéndola como un favor mas grande que el primero, la gracia de volverme al oscuro y humilde estado en que nací, y del cual me sacó mi fatal destino."

La quinta de Zendorff, que era la que Delia iba á ocupar, estaba inhabitada de sus dueños mucho tiempo habia; mas no me entretendré en hacer su descripcion, pues no produciria otro efecto en los lectores, que el de aumentar el sentimiento de tristeza que la suerte de Delia no puede dejar de inspirarles. Diré únicamente que el aspecto de aquella inmensa y antigua habitacion era mas apropósito para dar fomento á ideas melancólicas, que para escitar la alegria en la imaginacion mas bien dispuesta. Al arribo de una princesa jóven se creyó que las fiestas y los placeres seguirian sus pisadas, lo cual aumentó la estrañeza de aquellas gentes al verla pasar en su aposento la mayor parte del dia sin tener otra distraccion que dar algunos paseos solitarios dentro de las tapias del par-

que. Sin embargo estaba la bondad tan bien pintada en sus facciones, y se manifestaba tan compasiva con los infelices, que la amaban antes de acabarla de conocer. Sus puertas cerradas enteramente á toda visita importuna, se abria á todas horas y aun á todos instantes en socorro del infortunio, y el primer dia que pudo derramar beneficios, fue tambien el primero en que reconoció el valor de las riquezas.

Habitaban aquella quinta algunos criados antiguos, que conservaban al príncipe el afecto mas síncero, á quien los mas habian conocido en su infancia; pues á pesar de su escesiva viveza y atolondramiento se grangeaba por su bondad el amor de todos ellos. Admirábanse de que no hubiese venido con su esposa tan bella y tan jóven, ni despues de la llegada de

esta se hubiese dejado ver por aquellos contornos, por lo cual la buena Alexwina muger del conserge, y naturalmente curiosa y habladora, manifestó su estrañeza á la principal de las doncellas de la princesa con la esperanza de averiguar lo que tanto deseaba saber. Elena (que este era su nombre) era una de aquellas mugeres que se persuaden estar informadas de todo y hacen vanidad de conocer los secretos de las familias; así para dar á entender que era confidenta de algun gran misterio, soltó espresiones que lo denotaban, avivando los deseos de Alexwina. «¡Valgame Dios, le dijo esta en la primera ocasion, qué triste está el ama! Sin duda nace de que habituada á las diversiones de la capital, le fastidiará la vida campestre, y vos, señorita Elena, tambien echareis me-

nos la vida de Petersburgo. — Yo? No por cierto: respondió Elena; porque no es posible echar menos lo que no se conoce. Cabalmente llegué á Petersburgo la víspera de la salida de la princesa, y lo mismo sucede al resto de la familia que traemos, los cuales son tan nuevos en la casa y aun en la córte como yo. — De veras? dijo Alexwina poco satisfecha: entonces ya veo, añadió suspirando, que no sabreis nada relativo á la princesa, ni al principe ni á este matrimonio de que no teniamos noticia.— Verdad es que no sé nada, Alexwina; nada absolutamente... Quiero decir que nadie me ha dicho la menor cosa; pero la que tiene penetracion no lo ignora todo: hay muchas fáciles de adivinar. — Y qué es lo que habeis adivinado? — Oh! replicó Elena un poco cortada por que nada sa-

bia; lo que he adivinado son cosas delicadas, y bien sabeis que no todo puede decirse.—Sí; pero por lo menos algo que pueda darnos luz... por lo demas no creais que es mera curiosidad; no por cierto: el cariño que una tiene...—De modo, Alexwina, que si me dieseis palabra de guardar reserva?—Eterno silencio: contestó Alexwina acercándose mas.—Pues sabed, prosiguió Elena, que nuestra princesita viene aquí presa de órden de la emperatriz: todo lo he descubierto. ¿No habeis observado que jamas sale del recinto del parque, y que á nadie recibe en su casa?.. Ya veis que esto no es natural en su edad, y semejante sujecion debe ser efecto de órdenes *de una gran potencia*... Ademas de que tengo razones poderosas para creerlo así.... La emperatriz ha mandado

encargar reservadamente á cuantas personas componen la comitiva de la princesa que guarden con ella toda especie de atenciones, y la sirvan con la mayor vigilancia.... *Esta vigilancia* claro está lo que quiere decir: que tengan cuidado de que no se escape... En fin aquí para entre las dos, yo creo que ha venido presa bajo su palabra. — ¿Será posible? —No hay la menor duda: pero qué decis de mi penetracion? Todo lo he adivinado, todo. ¿Veis que pasa por muger del príncipe? pues no hay semejante cosa. El no ha parecido cuando salimos de Petersburgo, ni hay el mas leve indicio de que venga aquí; y si son ciertas mis congeturas, como sucede muchas veces, esta señorita es una princesa estrangera que viene de paises muy lejanos. Figuráos que todas nuestras cos-

tumbres las ignora, que la cosa mas trivial le causa admiracion, que apenas sabe el modo de vestirse, ni conoce la importancia del tocador, de modo que el efecto bueno ó malo que debe producir tal trage, ó tal color son para ella especies desconocidas. En una palabra de lo que una muger debe saber, no sabe nada.— Sin duda por eso la han confiado á los desvelos de V, señorita Elena?—En efecto mucha cuenta le tendrá que yo la dirija, pero me queda infinito que trabajar por que en mi sentir no tiene formado el gusto.—Sin embargo su corazon es escelente—Qué hacemos con eso? Alexwina? ¿De qué sirve que tenga buen corazon? Esa circunstancia es la mas comun del mundo: no hay cosa mas de sobra que buenos corazones. Lo que no es tan frecuente porque no

es dado á todos el tenerlos son los modales finos, la gracia, la elegancia, el don feliz de hacerlas resaltar por medio del arte sublime del tocador: este es el mérito mas esencial, y sin mí, querida Alexwina, sin mí, creed que habria gran riesgo de que la princesita jamas llegase á poseerle. Elena orgullosa y ufana con semejante conclusion iba á proseguir á no haberla interrumpido la hora de la cena. Entretanto la curiosidad de Alexwina resultó de esta conversacion mas bien incitada que satisfecha. Así empezó á formar nuevas conjeturas, que agregadas á las de Elena, les hicieron adivinar en dos dias tantas y tales cosas, que ninguna heroina de novela pasó por mas aventuras que supusieron á *la princesa estrangera*: en fin ocupándose incesantemente en sus imaginarias in-

vestigaciones mas por curiosidad que por interés, continuaron comunicándose mutuamente sus descubrimientos.

Entretanto Delia al paso que tomaba lecciones de buen gusto de su doncella, conocia sin embargo cuan insuficientes eran para conseguir el objeto á que tan ardientemente aspiraba, y así sus adelantamientos no eran los mas rápidos: habiendo nacido dotada de un juicio recto y de un alma apasionada y fogosa, el fin que se proponia era cautivar el corazon de su esposo por los lazos de una estimacion estable y duradera, conociendo muy bien que no eran estos los medios de conseguirlo.

Entre sus criadas se hallaba una de mas edad que Elena, la cual desde el principio le inspiró cierta confianza que fue aumentandose de dia

en dia, hasta que por último se determinó Delia á descubrirla su pecho refiriéndola las circunstancias singulares que la habian elevado á tan alta clase, aunque sin proporcionarle un momento de ventura. «Me hónro, la dice, con el título de Dazekoff, y gozo de los mismos honores y riquezas que el príncipe; pero no se me oculta que la falta de educacion correspondiente á mi estado levanta entre los dos una valla, que eternamente le tendrá léjos de mí. ¿Cómo llegaré á salvarla? Ya veis que aun soy jóven: ¿no me dariais algun arbitrio con que lograr el principal objeto de mis deseos?"

Aquella muger, que habia cobrado á su ama el mayor cariño, prometió contribuir con zelo é interes al cumplimiento de su voluntad, y en efecto antes de muchos dias, dió

noticia á Delia de haber averiguado que en una quinta cercana habia una aya francesa que habia educado á una señorita, y se alegraria mucho de no alejarse de ella por el afecto que recíprocamente se profesaban. Esta circunstancia la inclinó á consentir gustosa en la proposicion que se le hizo de parte de la princesa, quien ofreció tenerla á su lado no como una maestra sino como verdadera amiga.

Era preciso que madama de Belmont (este era el nombre de la nueva aya) viniese desde luego á la quinta de Zendorff; Delia activaba sus instancias hasta conseguirlo, y la recibió con mil estremos de júbilo, como si en ella se afianzase su felicidad futura.

Madama de Belmont reunia en sí toda la instruccion y habilidades

propias de una muger junto con otras prendas mas dignas de aprecio, que son las que la hacen estimable. Buena, amable, sensible, y con el don de enseñar, se habia dedicado á la educacion de algunas señoritas mas por inclinacion y gusto que por otras consideraciones. Sus desvelos tuvieron hasta entonces la mas grata recompensa, cual es el cordial y síncero afecto de sus educandas que la querian como á madre, respetándola y complaciéndola en todo. ¡Qué tesoro para Delia! Pronto echó de ver su inestimable valor, y desde aquel momento adquirió su soledad todos los embelesos de la amistad y del estudio.

La última discípula de madama de Belmont era la condesa Julia de B***, cuyo casamiento se habia celebrado ocho dias antes de que en-

trase en casa de la princesa. Todas las circunstancias de este enlace anunciaban la mas feliz union debida en gran parte á su aya, que se felicitaba de haberla promovido con sus sabios consejos é instrucciones.

Tenia Delia, segun hemos indicado ya, los mas vivos deseos de instruirse, lo cual visto por madama de Belmont, y conociendo por último el verdadero motivo, puso mayor zelo en cultivar las asombrosas disposiciones con que la habia dotado la naturaleza, pródiga con ella de todos sus dones.

Ya los desvelos de su tierna madre habian grabado en el corazon de Delia aquellos sentimientos de virtud, de delicadeza y honor, que son la base mas sólida de toda enseñanza, dándola al mismo tiempo los conocimientos primarios sin los

cuales son inútiles los esfuerzos ulteriores. Impaciente pues por adquirir otros mas sólidos se entregó al estudio con tal ardor y tal zelo que madama de Belmont se quedó asombrada, acrecentando su admiracion de dia en dia los portentosos adelantamientos que hacia en todos los ramos: y es que no sabia aquella escelente maestra cuanto ayuda el estímulo del corazon á desplegar las alas del ingenio.

En los primeros dias despues de su llegada á la quinta se habia apoderado del ánimo de Delia la melancolia mas profunda; pero de momento en momento fue disipándose sensiblemente aquella tristeza, combatida por la esperanza, mas dulce acaso que la misma felicidad, y por el buen empleo del tiempo en gratas y útiles tareas. Asi la satisfaccion que

iba ocupando su lugar, empezaba á descubrirse en los ojos de la princesa.

Esta mudanza estraordinaria no dejó de echarla de ver con harta sorpresa suya la camarera Elena, constante siempre en sus observaciones, y la consecuencia que dedujo fue que madama de Belmont habria traido á su llegada á la quinta nuevas órdenes de la emperatriz *con la gracia* de la princesa. Confirmóla en este concepto de que ya se le habia restituido su plena libertad, el verla salir algunas veces á pasear fuera de los límites del parque en compañia del aya, con cuyo suceso faltando el misterio que daba pábulo á su curiosidad, puso término á sus observaciones. Otra *de menos profunda penetracion* no hubiera ido á buscar tan lejos la causa de la novedad que

encontraba en el semblante de su señora, y la habria atribuido sencillamente á un tenor de vida mas agradable por cuanto el tiempo estaba mas útilmente distribuido.

Mientras Delia se consideraba indigna del príncipe Dazekoff, procuraba desechar su memoria, que solo la ofrecia penas y sinsabores; pero en la actualidad aquella memoria, ó mas bien aquel sentimiento, móvil único de sus acciones, ocupa su mente de noche y de dia. La impresion que fue obra de un solo momento, y que no habian conseguido desvanecer el menosprecio ni el abandono, va adquiriendo cuantas fuerzas puedan darle las ilusiones de la soledad en una imaginacion ardiente, y mucho mas cuando la que esperimenta sus efectos no quiere ni debe combatirla. En el alma de una muger

virtuosa y sensible al mismo tiempo, solo puede tener gran predominio un sentimiento legítimo, pues dictándole el deber, léjos de condenarle, la razon y el corazon estan acórdes, y todo contribuye á darle vehemencia y estabilidad.

Delia, pues, deseando á todas horas ver al príncipe, y resuelta sin embargo á no presentarse á sus ojos sino cuando se considere digna de llamarse su esposa, solia decir á madama de Belmont: «¡Ó amiga del alma! mas que la vida os deberé si por vuestros desvelos llego á adquirir habilidades que puedan complacerle y calidades que aseguren la duracion de su afecto; pero veo que este felíz instante está muy léjos aun; ¿y quién sabe si cuando llegue, estará libre el corazon de Dazekoff? ¿Quién sabe si alguna otra tendrá

ya sobre él un dominio, que en vano anhela adquirir su triste esposa?..” Estos recelos que incesantemente la desvelaban, eran nuevos estímulos á su impaciencia por hallarse cuanto antes en el estado que con tanto ardor apetecia.

Madama de Belmont procuraba moderar aquella impaciencia, á pesar de que tambien ella la tenia, ansiosa del feliz éxito de sus esfuerzos por el cariño que habia cobrado á su educanda. Con aquel objeto trató de ejercitar á un tiempo su sensibilidad y su imaginacion, pues conociendo la bondad natural de Delia y su propension á hacer bien, la proporcionaba este placer del mismo modo que lo habia practicado con su primera discípula. Indagaban mañosamente las necesidades ocultas de las familias del contorno con el fin de

contribuir á su alivio, y haciendo juntas sus correrias por él, llegaron á desterrar en breve tiempo la miseria de aquellas inmediaciones. Delia empleaba un nuevo medio de aumentar el placer de la beneficencia, ejerciéndola á nombre del príncipe Dazekoff, diciendo á los infelices, á quienes iba á visitar: El príncipe os envia por mi mano estos socorros, queriendo que haga yo sus veces, ya que el se ve precisado á vivir ausente por algun tiempo de este pais, y yo cumplo sus órdenes con la mayor satisfaccion.'' Si oía á aquellas buenas gentes esplayar su gratitud bendiciendo su nombre; no, no, les decia: bendecid el de vuestro bienhechor, el de mi esposo, pues los beneficios que recibís son obra suya, aun cuando los derrama por mi mano. — Señora, respondian aquellos

infelices, siendo el príncipe tan bueno y compasivo, bendeciremos á un tiempo vuestros nombres porque á entrambos somos deudores de nuestro amor y reconocimiento. — *Entrambos!* repetia Delia con inesplicable placer, hallando su alma sensible tal embeleso en la reunion que encierra aquella palabra, que le parecia un presagio infalible de su felicidad venidera.

Esta felicidad la gozaba ya Delia en esperanza, y no menos en la dulzura de su presente situacion. ¡Ó amada amiga! decia una vez á su maestra al tiempo de volver á casa despues de una de sus excursiones de beneficencia; ¡ Cuántas obligaciones os debo! ¡Cuántos placeres disfruto que antes no conocia! El tiempo y las riquezas son dos cosas inestimables, cuyo valor ignoraba, y

ahora conozco cuanto le duplica el saber emplearlos oportunamente. Ay! Cuánta compasion me causan los que consumen tan preciosos bienes en pasatiempos frívolos y en vanas prodigalidades!"

Mucho deseaba madama de Belmont proporcionar á su amiga junto con los placeres de la beneficencia los que debemos á la sociedad, para lo cual varias veces la habia propuesto que visitasen á varias personas de amable trato, que vivian en aquellos contornos, pero siempre lo resistió con la mayor firmeza. ¿Quereis, la decia, que despues de haber sido víctima de los desprecios del orgullo, vaya á exponerme ahora al insolente ceño de la vanidad? No es posible que ignoren, que la suerte no me habia destinado á ser princesa Dazekoff, y así este nombre léjos de

hacer que se olvide la oscuridad de mi nacimiento, contribuiria únicamente á que resaltase mas aquella circunstancia. El pobre á quien visitamos en su cabaña bendice sin otro exámen la mano que le socorre; pero la sociedad es mas delicada, y quiere que una prolija serie de abuelos ilustres se presente por fiadora del placer que se le proporcione, ó sirva de escusa al fastidio que se le cause. Yo no soy nada por el mérito ageno, querida mia, y muy poco en la actualidad por el mio para presentarme en el mundo sin hacer un papel muy desairado: ¿por otra parte qué necesidad tiene de estos recursos vuestra discípula, que os es deudora de mil medios de evitar el fastidio? No, querida amiga; dejadme en mi soledad, que me es tan grata desde que vos me acompañais en ella."

Á las razones que Delia exponia, se agregaba otra muy poderosa, y era creer que si algun dia llegaba á realizarse el mas vehemente de sus deseos, tendria suma satisfaccion en hacer ver á su esposo, que ningun otro objeto habia podido distraer su corazon, ni apartar de él su pensamiento un solo punto.

Madama de Belmont no podia menos de aprobar para sí las razones de su discípula, y así se abstuvo de hacerla nuevas instancias; pero un dia que habian ido las dos á ver á un pobre anciano encontraron por casualidad á la condesita Julia de B***, cuya caridad la llevaba con frecuencia á visitar el albergue del menesteroso.

Era esta la primera vez que se veian las dos discípulas de madama de Belmont: consideráronse al prin-

cipio una á otra con cierta curiosidad y sorpresa, pero en breve se cobraron cariño. En efecto concurrian en ambas todas las circunstancias que se requieren para escitar la mas feliz simpatía, pues eran de una misma edad, habian recibido igual educacion, tenian la misma gracia y atractivo sin la presuncion mas leve, y la conformidad de sus sentimientos acababa de reunirlas en un mismo lugar y momento. Felicitáronse mutuamente de este encuentro inesperado, y se prometieron al tiempo de despedirse que volverian á verse muy pronto.

Delia insistió sin embargo en su determinacion de no dejar su retiro, pero vino á el la condesa, y fue recibida con el mayor gusto, que fue aumentándose á proporcion que Delia iba conociendo á su nueva amiga.

Tenia la condesa una alegria natural, que animaba y daba nuevos hechizos á una fisonomia de suyo bella y agraciada: hasta entonces no habia conocido los disgustos, y con una apariencia de insustancialidad era muy sensible en el fondo, y tenia un corazon sumamente tierno y un ingenio agudo y claro. Como en la juventud nos entregamos con mayor facilidad y buena fé en los brazos de la amistad porque no se conoce la desconfianza, la condesa adquirió desde el primer dia el título de amiga, y el segundo el de confidenta, de modo que en breve tiempo se enteró de todas las circunstancias del estraño matrimonio de su querida Delia, y de los pesares que la habian sobrevenido, compadeciendo su suerte con tanta mas razon, cuanto conocia por sí misma

las dulzuras de una union venturosa, de las cuales veía privada á su cara compañera. Delia solia preguntarla acerca de las satisfacciones que debia gozar en tan dulce estado, á lo cual su amiga respondia en pocas palabras, temiendo que mas francas y halagüeñas descripciones aumentasen su afliccion, poniéndole á la vista tan doloroso cotejo.

Un dia que Julia habia salido á dar un largo paseo con su amado esposo el conde Eduardo, quiso la casualidad que se estraviasen y se hallasen sin pensar á las puertas de la quinta de Zendorff. Era ya la hora de anochecer; su habitacion estaba léjos, y el conde temeroso de que la vuelta perjudicase á la salud de su muger, la hizo instancias porque pidiese asílo á la princesa Dazekoff. Julia se niega con empeño, obsti-

nándose en volver á pie á su casa, pero viendo el conde que de cansada apenas podia dar paso, y conociendo el peligro á que se esponia, se desentiende de todo, y corre á llamar á las puertas de la quinta.

Madama de Belmont informada de la venida de su antigua discípula se apresura á salirla al encuentro. Delia la sigue sorprendida de la visita de su amiga en hora tan desusada, y la obliga á pasar la noche en su compañía. En esto reparó en el conde, á quien no habia visto hasta aquel momento, y sin mas que haberle saludado le pareció digno de la amable esposa que le habia cabido en suerte. Ya tranquilo este, y libre de todo temor por la salud de su adorada Julia, manifestaba un gozo, que se echaba de ver en sus miradas cuando las fijaba tiernamente en los

ojos de su esposa con las mas cariñosas demostraciones. Julia, que en cualquiera otra ocasion hubiera estimado aquellos testimonios del amor y desvelos de su Eduardo, habria preferido tal vez en esta que hubiesen sido menos espresivos temiendo la impresion que pudieran causar en el ánimo de su amiga. En efecto Delia, si bien deseaba demostrar la satisfaccion de tener tan amables huéspedes con todo género de atenciones, solia quedarse de tiempo en tiempo inmóvil, muda y como abismada en meditaciones penosas, hasta que notándolo ella misma procuraba recobrar su dulce amenidad y continuar en sus amistosos agasajos. ¡Cuántas veces dijo entre sí aquella noche: ¡Ah dichosa Julia! Nunca llegaré yo á gozar tan envidiables momentos!

La condesa acostumbrada á leer en el semblante de su amiga cuanto pasaba en su corazon, echó de ver que el espectáculo de su felicidad daba necesariamente nuevo pábulo á sus pesares, por cuya razon la madrugada siguiente dejó la quinta de Zendorff y se volvió á su casa con su marido, cuando Delia no se habia levantado aun de la cama.

Sin embargo ya el daño estaba hecho: Delia no pudo presenciar una ventura de que creia estar privada para siempre sin sentir el mas amargo desconsuelo, que aumentaba la reflexion siguiente.—«Si en fin esta desgracia recayese únicamente sobre mí, pero Dazekoff ¿no está tambien condenado á carecer perpetuamente de las dulzuras de un feliz matrimonio? Esta idea la aflige en estremo, y en la fuerza de su afliccion se echa

la culpa á sí misma de la desgracia que acibára la existencia del príncipe, olvidando que la primera víctima es ella.

En el primer momento en que se apodera de nosotros un vivo pesar parece que repugna toda idea de consuelo negando la entrada hasta á las esperanzas mas fundadas. Así Delia pierde de vista en este penoso instante cuanto ha hecho por destruir la valla que la separa de su esposo, y la diferencia prodigiosa que hay en la actualidad entre la aldeana de Lebnau y la amable princesa Dazekoff, en quien la mas esmerada educacion ha obrado tan completa metamórfosi.

Madama de Belmont ufana del éxito de sus desvelos, y ansiosa de que produzcan el efecto á que aspiraba, vitupera el desaliento de su

alumna, reanimando sus esperanzas, y anunciándole un por venir venturoso. Cuanto mas imparcialmente examina el mérito y los progresos de su discípula, mas persuadida queda de que ya es ocasion de aventurar sin peligro la importante prueba, que ha de asegurar ó destruir para siempre la felicidad de su vida. Tres años iban á cumplirse ya desde la llegada de Delia á la quinta de Zendorff; ¡ pero cuán portentosa transformacion en tan poco tiempo! Una aplicacion intensa é incesante habia enriquecido su espíritu con los mas útiles conocimientos; el continuo trato con su aya, rectificando á un tiempo su juicio y su corazon, habia perfeccionado su gusto, recto y delicado por naturaleza; su voz flexible y afinada recorria con suma facilidad y destreza las mas primorosas modula-

ciones, pero con aquel acento, que sale del alma y el alma sola le puede comprender, aquel acento que no es dado imitar al arte ni al estudio, y al cual daban tanto realce los sonoros ecos del arpa armoniosa. Por último sabia representar con gracioso pincel, ora las varias escenas campestres, ora las nobles facciones de su esposo adorado. Todas las artes en una palabra se habian reunido para prodigar sus favores á quien las cultivaba con *la emulacion del corazon*, móvil poderoso, y solo capaz de obrar tantos prodigios en la educacion *improvisada* de Delia.

Al mismo tiempo la naturaleza que tan ricamente la habia dotado parece que se esmeraba en adornarla cada dia con nuevos hechizos. Su belleza sin tacha se hallaba entonces en todo su esplendor: su gallar-

da estatura habia llegado á su cabal incremento, dándola una gracia y una nobleza irresistibles: estaba en fin tan hermosa cuanto cabe en humana criatura, pareciendo ser ella la única que lo ignoraba, pues el aire modesto que resplandecia en su persona realzaba mas y mas sus perfecciones.

Sin embargo no eran bastantes tan singulares dotes para tranquilizarla acerca del éxito de la importante tentativa que meditaba, por lo cual su corazon tímido, como el de todas las personas sensibles, iba retardando cada dia mas el momento que habia de realizar ó destruir sus esperanzas para siempre; pero por otra parte la dolorosa impresion, que le causó la última visita de la condesa Julia, decidió á madama de Belmont á emplear todo el influjo que tenia

sobre el ánimo de la princesa á fin de desvanecer en ella la escesiva desconfianza, que diferia inútilmente el momento de su felicidad. Reiteró pues sus instancias, rogando é importunando á Delia porque no se opusiese á la ejecucion de un proyecto, en que todo pronosticaba los resultados mas felices. Delia aceptó gozosa tan dulce presagio, aunque sin admitir de todo punto la conviccion de su amiga, si bien ya era la esperanza un gran consuelo para su corazon acostumbrado á tan largo padecer, siendo suficiente á fijar su resolucion, sin que le quedase otra perplejidad que sobre los medios de llevar al cabo su proyecto.

Madama de Belmont, aunque á tanta distancia de Petersburgo, tenia exactos informes del príncipe Dazekoff, pues la interesaba dema-

siado el triunfo de su amiga para que perdiese de vista el único objeto, que pudiera asegurar su ventura. Habia sabido con harta inquietud que la princesa viuda habia renovado mas de una vez sus tentativas con la emperatriz á fin de que anulase un matrimonio, que ofendia su orgullo y daba en tierra con todas sus esperanzas; pero Catalina inexorable sostuvo constantemente su primera determinacion. Añadian que al príncipe no le habia hecho gran mella el mal éxito de las pretensiones de su madre, por cuanto solo pensaba en gozar las delicias de la córte frecuentando las mas brillantes tertulias, siendo el embeleso de todas ellas, y dedicando sus obsequios á cuantos objetos amables se le presentaban sucesivamente aunque ninguno hasta entonces habia logrado

cautivar su corazon.

Felicitábase madama de Belmont de esta indiferencia, esperando que viniese pronto el dia en que cesase de todo punto. Llevada de esta idea empezó á tomar disposiciones para emprender el viage á Petersburgo y á formar planes en órden á la reunion de los dos esposos, cuando supo el fallecimiento de la princesa viuda. En la misma carta le referian que por asuntos de la sucesion habia tenido el príncipe que hacer una larga ausencia, que terminaria en Moscou, donde le seria forzoso detenerse algunos meses.

Con esta noticia vió Delia con sumo dolor trastornados sus proyectos y esperanzas, en términos de figurarse perdida para siempre la felicidad de que habia osado lisonjearse. Dió parte á su amiga de sus

temores y recelos, pero esta que era muy hábil en negocios y fecunda en recursos, logró calmar las inquietudes de su sensible alumna. « No hay qué afligirse, la dijo; esta circunstancia léjos de perjudicar á nuestras miras, nos ayudará tal vez á realizarlas. En vez de ir á Petersburgo, iremos á Moscou, y en mi juicio debemos anticiparnos para que el príncipe nos encuentre allí á su llegada. Cabalmente conozco en aquella ciudad un sujeto de distincion y del mayor respeto, pariente de vuestra amiga Julia, y no dudo del interes que le inspirará vuestra situacion, ni de que se prestará á favorecer nuestros proyectos con toda eficacia. Ahora mismo voy á escribirle dándole idea en globo del servicio que debe hacernos, y á nuestra llegada le instruiré menudamente del negocio.

El conde de P... frecuenta las reuniones principales de Moscou, y le será fácil introducirnos en ellas. El príncipe Dazekoff por la consideracion debida á su clase será admitido en todas desde el momento de su llegada, y allí os verá sin imaginar que seais la aldeana de Lebnau, de cuyas facciones, ya muy diferentes, apenas le quedará un leve recuerdo." Esta idea arrancó á la princesa un profundo suspiro: el olvido del príncipe no pudo menos de afligirla, á pesar de ser tan favorable á sus proyectos. ¡Pobre corazon humano! ¿Quién podrá comprender los sentimientos ocultos y á veces contradictorios que te agitan?

Aunque madama de Belmont reanimó las esperanzas de Delia, no pudo sin embargo infundirla total seguridad al haber de presentarse en

un mundo enteramente nuevo para ella, temiendo la severidad y aun la injusticia de sus decisiones. Verdad es que en la soledad se pueden adquirir instruccion y habilidades teniendo natural disposicion y buenos maestros, pero los hábitos sociales solo el uso los naturaliza, y con todo el talento del mundo no pueden adquirirse sin él. Bien lo conoce madama de Belmont, ¡pero es tan bonita su discípula!.. ¡Se pintan con tal viveza en su rostro los sentimientos nobles de su alma!.. Á la viveza de su ingenio, á la amabilidad de su carácter se reunen tantas gracias, que no puede menos de encontrar quien las posea indulgencia en todo el mundo, y mas bien no necesitarla de nadie. «Preciso es, querida mia, la dijo madama Belmont, que depongais desde ahora

vuestras inquietudes con respecto al mundo, porque la causa que os conduce á el á propuesta mia no es el goce de los placeres frívolos y momentáneos que proporciona, sino la dicha de toda la vida y la de vuestro esposo." Con tal consideracion estaba bien segura el aya de reanimar su espíritu. "Ya tengo pensado el papel que debemos representar: vos sereis la *condesa Obalinska* viuda polaca, que estais viajando, y á mi me toca ser vuestra madre: como os tengo el cariño de tal, no me será difícil desempeñar mi parte con perfeccion."

Este plan agradó infinito á Delia, y solo sentia tener que separarse de Julia, dando nuevo valor la proximidad de esta separacion á los instantes que pasaba al lado de una amiga tan amada como digna de ser-

lo. Así estaban juntas en la quinta de Zendorff gran parte del dia, hablando de su futura felicidad que la condesa le pintaba con los mas vivos colores, si bien Delia no se atrevia á dar entero crédito á sus anuncios, llena siempre de inquietud y desconfianza.

Un dia que Julia llegó á su casa mas tarde de vuelta de la de su amiga, encontró al conde que se adelantaba á recibirla, diciéndola que acababa de recibir un pliego de Petersburgo con la órden de salir para Francia inmediatamente con un encargo honorífico, debido á su mérito mas bien que al favor de la córte. Julia no titubeó un instante en seguir á su esposo, en lo cual estaban conformes su corazon y su deber; ni este pensó tampoco en una separacion que miraba como insoportable.

La próxima partida de Delia hacía menos penosa la de su amiga. Los preparativos no pedian gran tiempo y asi aquellos últimos dias los dedicaron á la amistad las dos familias que iban á separarse por la primera vez. La despedida fue tan tierna como dolorosa, y mas para Julia, que perdía á su amiga y á su aya. Hubo lágrimas de síncero afecto, y se hicieron repetidas promesas de amarse eternamente, de no olvidarse jamas y de escribirse amenudo.

Con la falta de su amiga quedó tan triste la princesa, que resolvió activar mas y mas su marcha, esperando únicamente para emprenderla la contestacion del conde de P... á la carta de madama de Belmont.

En estos dias no perdió de vista el aya ninguna de aquellas cosas que eran de alguna importancia pa-

ra su discípula, ocupándose con el mayor interes hasta en las mas leves menudencias. Bien persuadida de que un poco de arte añade belleza á las mas hermosas, aunque sin dar al tocador tanta importancia como Elena, quiso esmerarse en esta ocasion en el de su pupila, dirigiéndola con aquel gusto propio de las francesas, que han dado tanta estension al imperio de la moda. Gracia, sencillez y elegancia sin afectacion fueron las reglas que siguió madama de Belmont en la eleccion de trages y adornos que dispuso para su alumna. Su objeto es que agrade, no que deslumbre, y así este era el fin á que se encaminaban sus disposiciones, aunque en realidad tenia mayor confianza en los naturales atractivos de Delia, que en cuantos auxilios pudiera prestarla el arte.

Llegó por fin la ansiada respuesta del conde de P... conforme en todo á los deseos y esperanzas de madama de Belmont, que desde entonces consideró como conseguido su intento. Estaban á fin de noviembre: el príncipe debia llegar á Moscou por enero, y como el plan era anticiparse, determinaron muy pronto su salida. La princesa pensaba viajar con nombre supuesto, por lo cual redujo su comitiva á un corto número de criados de esperimentada reserva. Es inútil decir que Elena se quedó en la quinta de Zendorff haciendo nuevas congeturas sobre el objeto de este viage inesperado.

El camino es siempre agradable cuando se espera mejorar de situacion: así Delia y su aya hicieron el suyo sin fatiga y sobre todo sin fastidio. Al llegar á Moscou las salió á

recibir el conde de P... amigo antiguo de madama de Belmont con cuantas atenciones y obsequios eran de esperar, esmerándose mas al conocer á la princesa, y al enterarse menudamente de los estraños sucesos de su vida. Y lo que en ella admiraba sobre todo era la delicadeza de sus sentimientos, y el tino particular con que habia sabido adoptar los medios oportunos de mejorar su suerte.

Á pocos dias presentó el conde por la primera vez á las dos estrangeras en un brillante concurso, en el cual Delia se llevó tras sí las atenciones y los elogios de todos. De dia en dia fue aumentándose tan distinguida aceptacion; pero estos homenages tributados á su hermosura, no hallaban acogida en su corazon, y si le causaban algun halago era únicamente por considerarlos como

fiadores y precursores de otros mas importantes para ella.

Una mañana estando desayunándose con madama de Belmont, entra precipitadamente el conde de P... con la noticia de que el príncipe Dazekoff habia llegado la noche anterior. Al oirla se turba Delia, se pone pálida y siente palpitar su corazon de susto. «¡Ay querida amiga! le dijo á madama del Belmont: no sé si esta agitacion que esperimento es anuncio de felicidad ó efecto del temor que me sobrecoge. No me es posible definir lo que siento, pero conozco bien que al ponerme en su presencia no seré dueña de disimular mi turbacion, la cual forzosamente subirá de punto en ese trance. Es necesario que yo me acostumbre á verle antes de aventurar la tentativa que debe fijar para siempre

mi próspero ó adverso destino. ¿Dónde pudiera verle sin que el me viese á mí?" Estando haciendo mil reflexiones sobre los medios de realizar su pensamiento, se acordó el conde de que en aquellos dias debia haber un baile de máscara en casa de la princesa de G***, al cual era probable que asistiese Dazekoff. Con esta esperanza no titubeó Delia en aprovechar la ocasion, siendo de las primeras que llegaron al palacio de la princesa acompañada de su amiga. Es verdad que una máscara ocultaba sus facciones; pero el disfraz que adoptó de forma muy elegante dejaba lucir la belleza de su gallardo cuerpo, llamando la atencion del concurso; privilegio de la gracia, incapaz de oscurecerse pues cualesquiera movimientos la descubren. Al entrar en la pieza del bai-

le Delia se habia sentado en una banqueta no léjos de la puerta principal, en la cual fijó la vista, esperando llena de susto y agitacion la llegada del príncipe, que al fin se presentó en la sala. Aquel noble y hermoso semblante, la gallardia de su persona, la elegancia de sus modales arrebataron tras sí la atencion del concurso.... Delia rebosa de alegria al oir por todos los ángulos de la sala elogios de su esposo, quien pasa junto á ella léjos de sospechar los sentimientos que inspira. Eran digno ornamento de esta funcion multitud de damas hermosas, la mayor parte sin máscara, una de las cuales pareció que fijaba con preferencia la curiosidad del príncipe, pues habiéndose sentado á su lado entabló con ella una conversacion bastante animada para que Delia imaginase que

mediaba entre los dos vivo interes y estrechas relaciones. En este instante traspasaron su alma los tormentos de los zelos, arrepintiéndose de haber empleado el disfraz, con el cual se privaba de las ventajas que tal vez hubieran hallado gracia á los ojos de Dazekoff, con preferencia á la que ya miraba como una rival aborrecible. Resuelta á evitar un espectáculo que despedaza su corazon, se levanta de su asiento, dirije la vista por última vez á su esposo... cuando echa de ver que en este momento es ella la que llama la atencion general, oyendo decir por toda la sala: *allí está la hermosa estrangera*, que es el título que la daban en Moscou. Estas palabras repetidas por todos lados, y el ver que la miraba todo el mundo aumentaron su turbacion en términos, que tomando

el brazo de madama de Belmont, abandona el baile repentinamente sin pensar en la estrañeza de tan precipitada salida. Apenas habia llegado á la antesala sintió que le faltaban las fuerzas: su amiga la sostuvo en sus brazos, la sentó en una silla, y quitándole la máscara para que el fresco la reanimase, empezába á hacerla reflexiones á fin de que recobrase su serenidad, cuando ven al príncipe á su lado. En sus ojos estaba pintada la mas viva inquietud.... «Qué novedad señora es la que ha privado tan repentinamente á la sociedad del mejor de sus hechizos?— madama de Belmont le respondió que *su hija*, aunque seriamente indispuesta, no habia querido faltar á la invitacion de la princesa: pero que el ruido y el calor habian aumentado su desazon, obligándola á

salir á respirar un aire mas puro: que le daba gracias por su atencion en nombre de la *condesa Obalinska*, que no se hallaba en estado de poder contestarle.

El príncipe añadió, que asustado de la celeridad con que habian salido las dos señoras, habia acudido sospechando que tal vez pudieren necesitar algun auxilio. En efecto acababan entonces de hablarle de la estrangera dándosela á conocer, paróle desde luego la gracia y gentileza de su talle, y arrebatado como siempre del primer impulso, salió disparado tras ella antes de reflexionar sobre el motivo y objeto de aquel arrebato. Cuando llegó y vió á Delia sin máscara, sintió una impresion indefinible, efecto de admiracion, de sorpresa, y acaso de confusos recuerdos; pero sin poder deslindar lo que

sentia, le pareció que una fuerza mágica le estorbaba separarse de su lado. En balde la suplicó con mil instancias que volviese á entrar en el baile, pues no pudo vencer su resistencia." ¿Es posible, señora, la dijo con ardiente espresion que querais dar fin tan precipitadamente á una funcion tan brillante y magnífica?—Darla fin, contestó madama de Belmont, cuando apenas acaba de empezar?—¡Ah, señora! Para mí ya está concluida." Este lenguage no era entonces en boca de Dazekoff mera galanteria, ni acaso la espresion de un pecho profundamente herido, sino simple desahogo de sus impresiones tan vivas como pasageras que no era dueño de contener. Así al despedirse de Delia, sino dijo cuanto deseaba decirla, lo suplió ciertamente con el espresivo

lenguage de sus ojos.

De vuelta á su casa esperimentó Delia un vivo deseo de quedarse sola, y esta fue acaso la vez primera que se separó de su amiga sin disgusto. Llena su imaginacion de la grata escena y del caro objeto que en ella tuvo tanta parte, no pudo dormir en toda la noche un solo momento: á todas horas estaba viendo delante de sí á aquel amable príncipe, y no podia olvidar sus tiernas miradas, siempre fijas en ella con la espresion del interes mas vivo y verdadero. «Si hubiese conocido en mí, se decia á sí propia, á la pobre aldeana de Lebnau, á la que contra su voluntad se honra con el título de esposa suya, ¿quién sabe si en vez de acudir en mi socorro, me hubiera echado con indignacion de su presencia?.. ¡Ó memo-

ria cruel, que otra mas grata y reciente no puede borrar de mi pensamiento! ¿Por qué te presentas á desvanecer mis dulces esperanzas?

La mañana siguiente, como no viese madama de Belmont salir de su cuarto á Delia á la hora acostumbrada, entró en él y se quedó sorprendida de verla tan demudada, marchitas las rosas de su mejilla, y convertida en languidez la viveza centellante de sus ojos." Me siento mala, querida amiga, la dijo; y es de temer que el mal de que adolezco cobre cada vez mayores fuerzas, pues las diferentes sensaciones de ayer han exaltado sobre manera aquella pasion, cuya violencia me era harto desconocida, pasion que está tanto mas apoderada de mí cuanto es mayor mi recelo de no poder inspirarla." — "Ya estais vien-

do, amada Delia, la dijo madama de Belmont, cual es el poder de las pasiones en su primera acometida: aprended pues á oponerlas la resistencia conveniente. La educacion que os he dado seria demasiado imperfecta, sino hubieseis llegado á adquirir aquella solidez de razon, que sabe moderar nuestras inclinaciones por legítimas que sean. Siempre es importantísimo conservar la serenidad y saber dominarse; pero nunca como ahora, pues no ignorais que de eso depende vuestra suerte venidera. Si por una debilidad indisculpable dejais transpirar vuestro secreto, ¿qué resultado podemos prometernos de la tentativa dispuesta cuatro años ha con tantas fatigas y prevenciones? Supongamos que la pasion del príncipe, vehemente y momentánea como la vez primera, se estingue con la mis-

ma facilidad antes de conoceros á fondo. ¿Por qué no habeis de darle tiempo para que esto se verifique, para que llegue á apreciaros cuanto mereceis, y se arraigue así el sentimiento que le habeis inspirado. La aldeana de Lebnau tenia no menos prendas que la princesa Dazekoff para fascinar sus ojos desde el primer momento; pero esta última se halla dotada de todos los hechizos necesarios para fijar su corazon. No aventureis un bien que es y debe ser vuestro por pretender su posesion demasiado pronto. Anoche no quise daros en rostro con vuestra imprudencia compadecida de vuestra afliccion, pero hoy me permitireis que la desapruebe. Sabiendo dominaros mejor, sereis mas feliz, y aparecereis á los ojos de todos mucho mas amable. La sociedad nos impone la obligacion de

reprimirnos; quiere solo contemplar semblantes risueños, y la calma y la serenidad proporcionan en ella ventajas incalculables. Así cuando no existen en la realidad, es preciso á lo menos saber aparentarlas. Direis que *eso es falsedad*, pero es *falsedad autorizada por el uso*, si puede decirse así, y no solo se perdona, sino que se ha convertido en un deber social.

Atenta Delia á las lecciones de su aya, las escuchó sin interrumpirla. «¡Ay amiga! la dijo; aunque soy bien jóven, tengo demasiada práctica en punto á desventuras; pero siempre he llorado mis penas en soledad ó en el seno de una amiga. Conozco que en presencia de personas indiferentes debo concentrarlas en mi interior; mas ¡cuán cóstoso es este disimulo para un corazon viva-

mente traspasado!... Sin embargo no olvidaré vuestras lecciones, haciendo por seguirlas todos los esfuerzos imaginables."

Al siguiente dia hubo otra nueva funcion, pero Delia desconfiando de sí misma, no tuvo valor de asistir á ella. Mas por conducto del conde P*** supo que el príncipe Dazekoff habia preguntado mas de una vez si iria la princesa Obalinska, añadiendo aquel, que habia recorrido con inciertos ojos la reunion de damas de mérito que concurrieron al baile, sin fijarse en ninguna, volviéndolos á menudo hácia la puerta mientras pudo esperar la llegada de Delia; pero que despues se habia manifestado pensativo y triste, y por fin se habia retirado muy temprano.

Como hay tanta facilidad en

creer lo que se desea, no dudó Delia en interpretar en su favor la relacion del conde, teniendo por cierto que la inquietud de Dazekoff habia nacido del deseo de verla, y su melancolia de no haberlo conseguido, en cuya idea halló á un tiempo mismo motivos de afliccion y de consuelo.

Aquella misma noche habia en el teatro frances una representacion que por su novedad debia atraer numeroso concurso: Delia resolvió asistir, y madama de Belmont le aprobó el pensamiento. Esmeróse en su vestido y peinado, y el aya quiso hallarse presente al tocador para dirigir tan interesante maniobra, pero en realidad su alumna no necesitaba ya de sus consejos: cuando el corazon es el maestro del gusto en una muger sensible, sus inspiraciones son

mas seguras que las que proceden de pura vanidad.

El trage de Delia era á un tiempo elegante y sencillo, de una tela ligera de color azul celeste, dispuestos sus pliegues con gracia, y sujeto con un broche de brillantes. Entre los rizos naturales de su rubia cabellera se veian algunas flores tambien celestes, cuyo color grato y modesto hermanaba muy bien con su rostro angelical: en una palabra Delia estaba preciosa. Así que se presentó en el teatro levantóse de todas partes un murmullo de admiracion justamente en el momento de entrar el príncipe que al instante conoció á la hermosa estrangera, no descolorida como en la antesala del baile sino en todo el esplendor de su belleza y de la frescura de sus pocos años, aumentado por la mis-

ma salva de aplausos con que fue recibida. ¡Quién hubiera dicho entonces á Dazekoff, que aquella muger tan bella y gallarda, cuyas gracias atraían la atencion de todo el concurso, y ya abrasaban su corazon, era aquella misma aldeana despreciada por él ignominiosamente, y que le amaba apesar de haberla tratado con tanto vilipendio! ¡Quien le hubiera dicho que á este mismo amor tan verdadero como poco merecido se debia únicamente la portentosa mudanza que la trasformaba hasta el punto de desconocerla! Situado en frente de su palco se pone á contemplarla de hito en hito sin poder apartar un instante la vista de su persona: en balde intentan distraerle: sus miradas y su corazon se fijan en tan caro objeto como forzados por un atractivo irresistible. Otro

corazon le responde, pero él no lo sabe; lejos de eso los ojos de Delia siembre bajos y mas prudentes que los suyos no dejan al príncipe concebir siquiera la esperanza de haber llamado por un instante su atencion, siendo así que ella fue quien le descubrió primero.

¡Con cuánta impaciencia esperaba el vehemente Dazekoff el momento de la salida! Cae por fin el telon, va Delia á salir de su palco, cuando el príncipe le sale precipitadamente al encuentro.... Turbado, confuso se adelanta hácia ella, y con labio vacilante consigue al fin hacer presentes á *la condesa* los desvelos que le costaba su salud desde el punto en que se salió del baile á efecto de una indisposicion repentina. Delia le dió las gracias con la mayor dulzura, añadiendo que en aquel instan-

te se hallaba perfectamente buena, y sin que de su anterior desazon le quedase otra reliquia que su memoria. Al pronunciar la última palabra le hizo una cortesia y se fue. Quisiera Dazekoff seguirla, y no se atreve, porque pone grillos á sus pies una fuerza desconocida... Esta fue la vez primera que consiguió resistir á sus impetuosos impulsos, á que jamas habia podido hacerse superior, siendo una muger hermosa y jóven la que á un tiempo mismo le inspira este amór y este respeto que tanto estraña... Tal es y será siempre el efecto de las gracias hermanadas con la virtud.

En la temporada de las diversiones se sucedian estas sin interrupcion proporcionando continuas ocasiones de verse y hablarse á los dos esposos. Delia iba ya perdiendo su timi-

dez, y se presentaba en las concurrencias con mas desembarazo, adquiriendo así todas sus gracias mayor realce, y especialmente cuando se hallaba delante el príncipe Dazekoff. La presencia de la persona amada produce por lo comun este efecto, lo cual no siempre procede del mayor esmero que se pone en ostentar su mérito, sino del contento que se esperimenta, pues nada hermosea mas un lindo rostro, ni despeja el ingenio que la interior alegria.

La misma madama de Belmont estaba admirada de ver en su discípula cierto humor festivo desconocido hasta entonces en ella, aunque en verdad era cosa muy natural, como que dimanaba de su corazon colmado de halagüeñas esperanzas.

Sin embargo procuraba Delia seguir los consejos de su aya, esfor-

zándose por concentrar en sí misma aquellos sentimientos, mientras Dazekoff menos reservado daba á cada momento señales claras de un amor que cada dia cobraba nuevas fuerzas, y cuya declaracion le costaba trabajo reprimir. Lo que no deja de admirar es que en su imaginacion no se suscitase la mas leve sospecha, si bien mas de una vez cuando se quedaba como absorto contemplando á Delia, parecia como hostigado de algun recuerdo importuno. Sus grandes y azules ojos, su espresion hechicera hubieran podido quizá traerle á la memoria la confusa imágen de la serrana de Lebnau, pero por otra parte se reunian multitud de circunstancias á disipar esta vaga idea de semejanza, que solo pudo tener lugar en los primeros momentos. Pero despues al lado de Delia lo ol-

vidaba todo, sin ocurrirle compararla con alma viviente porque á su parecer era incomparable.

Dazekoff tenia suma aficion á las artes y se ejercitaba en ellas no sin fruto, lo cual fue para Delia un nuevo motivo de emulacion: así bajo la enseñanza de los mas hábiles maestros adelantaba tan pasmosamente que madama de Belmont, aunque acostumbrada á la rapidez de sus progresos, se maravillaba de los que ahora hacia. Verdad es que ya tomase el lapicero ó los pinceles, ya pulsase las cuerdas del arpa, siempre era Dazekoff el movil y el blanco de sus tareas, por cuya razon no es de admirar que se dedicase á ellas con tanto gusto y ahínco.

Jamas llegaban al príncipe los dulces ecos de su voz sin sentirse vivamente conmovido, á pesar de que

ella por no descubrir involuntariamente lo que pasaba en su corazon, procuraba no dar demasiada espresion á sus canciones, cuya letra elegia siempre en alguna lengua estrangera cuando aquel se hallaba delante; pero la música, dulce y misterioso lenguage, es el primer intérprete del alma, y sabe traducir para todo el mundo la voz *amo*.

Delia conocia cada vez mas el imperio que tenia en su corazon aquel tierno sentimiento, y obligada á refrenarle en presencia del objeto amado, ansiaba por poder desahogarse en el seno de una amiga. Ciertamente no era posible hallar otra de mayor confianza que madama de Belmont, pero la diferencia de edades, el hábito de dirigirse por sus consejos y recibir sus lecciones, si bien justificaban el cariño y gra-

titud de su alumna, estaban en cierto modo en oposicion con aquella intimidad sin reserva, privilegio feliz de la juventud, y dulce consuelo para un corazon agitado por primera vez por la vehemencia de algun afecto. Entonces era cuando la princesa sentia mas amargamente la ausencia de su querida Julia, quien por su parte echaba menos la grata compañia de su amiga, y para desquitarse en algun modo suplian con prolijas cartas la pérdida de sus dulces coloquios. Julia fue la que escribió primero dando parte á Delia de su llegada á Francia, y esta le contestó en los términos siguientes:

Carta de Delia Dazekoff á Julia de B***

Moscou, 10 de febrero.

«Gran placer me has dado, que-

rida Julia, con tu dulce carta en que veo tantas pruebas de tu amistad y memoria. Considerábame á la verdad muy acreedora á ello por las veras con que te quiero, pero temia que las molestias del viage y las forzosas ocupaciones de los primeros dias no te dejasen tiempo de escribirme. Recibe pues las gracias mas espresivas, y apresúrate á merecer otras nuevas, dándome las noticias que me ofreces de esa brillante capital en que resides. Cuando me cuentes por menor tus diversiones, no dudaré por eso de tu afliccion por mi ausencia, y la que yo tengo por la tuya se disminuirá mucho considerando que vives dichosa.

„ Deseas saber en qué me ocupo y cuáles son mis pensamientos recordándome la promesa que te hice de no ocultarte cosa alguna, como

si yo necesitase recuerdos ni promesas para no tener contigo la menor reserva, y no te fuese fácil sin que yo me esplicase difusamente, leer cuanto pasa en mi corazon, conociéndome mas que yo me conozco á mí misma.

„Nada te diré de mi llegada á esta gran ciudad ni de los primeros dias que pasé en ella, pues no me han dejado otros recuerdos que el del susto y la cobardia que me causaba el haber de entrar en la escena del mundo tan nueva para mí. ¿Pero creerás, querida amiga, que desde el momento que supe que el príncipe Dazekoff estaba en Moscou, se disiparon todos mis temores, ó cuando menos me olvidé enteramente de la sociedad y de sus distracciones y placeres?... Abismada en un solo objeto no ví mas que á Dazekoff, ni

respiré sino por él y para él... ¡Incomprensible sentimiento, que sabe concentrar en una sola todas nuestras ideas é inclinaciones!... ¡Qué trasformacion se obró desde entonces en mí, querida Julia! Qué cuerdas tan delicadas y sensibles vibraron en mi corazon! Una palabra, un gesto me colmaban de afliccion ó de alegría... ¡y cabalmente siendo tan novicia en el arte del disimulo!.. Esta ciencia, segun la espresion de nuestra amiga, tan indispensable en el mundo, me fue preciso aunque con dolor aprenderla, y encerrar en los mas ocultos senos del alma los sentimientos de que estaba poseida; mas no por esta forzada concentracion eran menos vehementes ni menos tiernos, antes bien cobraban mayor fuerza de dia en dia. ¿Y cómo hubiera podido evitarlo, cuando mi mas dulce incli-

sanacion era para mí el deber mas sagrado? Combatir un sentimiento que la razon reprueba será cosa fácil, no lo dudo, porque son muy fuertes las armas con que puede resistirsele. ¡Cuántos disgustos es fuerza que acibaren sus mas gratas satisfacciones! No creo que haya ningun placer que llegue á colmar el corazon, mientras el remordimiento esté vigilante para cargar la otra balanza con su peso terrible. Pero yo, Julia mia; yo adoro, y puedo y debo adorar: la felicidad de mi amante debe ser mi única ambicion, y no me anima otro deseo en el mundo... Con tantas razones para entregarme á tan dulce sentimiento temo sin embargo el predominio que adquiere en mi corazon mas y mas cada dia, por la incertidumbre que acompaña mis esperanzas. Dazekoff, no hay duda, que

manifiesta distinguirme, apreciar mis cortos talentos, y preferirme á otras damas de mayor mérito; pero á quien ama no es á mí sino *á la condesa Obalinska*, pues la princesa Dazekoff es siempre objeto de su odio. ¿Cuál de estos dos sentimientos contrarios será el que quede triunfante en su corazon?.. ¿La condesa Obalinska merecerá la gracia de la princesa Dazekoff, ó por mejor decir de la desventurada Delia? ¿Llegará á disipar las prevenciones que la apartaron de su lado la primera vez? Esta alternativa de esperanzas y temores me persigue y desalienta sin cesar... ¡Ay, amiga! Las primeras impresiones de Dazekoff no pueden inspirar confianza: son vehementes á la verdad, pero por desgracia muy poco durables. La opinion de nuestra amiga es que me mantenga in-

cógnita hasta el punto en que no quepa duda acerca de la solidez y constancia de sus sentimientos. ¿Pero este instante feliz llegará algun dia?

«Ya sabes que paso aquí por viuda bajo el nombre de la condesa Clara Obalinska, y todo el mundo ignora en Moscou que el príncipe es casado: así los dos estamos libres en la apariencia. Sin embargo el príncipe no puede olvidar sin duda los vínculos fatales que le privan de esta libertad de que al parecer disfruta. Quiere á *Clara*, pero la conoce, y estoy bien cierta de que se halla muy persuadido de la imposibilidad de que acepte su corazon sin su mano. Este convencimiento le aflige, le obliga á cierta embarazosa reserva que no me es posible desconocer, y á veces en sus facciones

tan bellas como poco acostumbradas á la afliccion, se advierte la mas profunda melancolía. ¡Ay, querida Julia! si supieras lo que yo padezco entonces, y cuánto me cuesta verle sufrir sin poder consolarle!

"La ligereza del príncipe, aquella inconstancia de que ya he sido víctima, y cuyos efectos debo temer aun, no son defectos que nacen de su corazon sino de la vivacidad de su fantasia. Su corazon es sensible y bondadoso, y su delicadeza sin igual, como te lo hará ver este ejemplo."

Pocos dias despues de mi llegada aquí, recibí una carta que me remitieron del castillo de Zendorff, á donde iba dirigida. Como yo no tengo mas correspondencia que la tuya, y ví una letra muy diferente, lo estrañé mucho, pero aun fue mayor

mi sorpresa cuando habiéndola abierto, ví que su fecha era de Moscou y su firma *Dazekoff*."

"Era en efecto del príncipe: decia no haber olvidado mis derechos sobre la mitad de sus bienes, en prueba de lo cual me prevenia que muy pronto pondria á mi disposicion la cantidad que me tocaba de la sucesion de su madre, concluyendo con la espresion de sus deseos de mi felicidad."

Fue preciso responderle, amada Julia; pero aquí fueron mis trabajos. Por mas que procuraba emplear el lenguage de la indiferencia, me era imposible conseguirlo. Veinte veces quemé la carta y la volví á empezar de nuevo; mas ¿de qué servia cambiar las espresiones si el afecto que las dictaba era el mismo siempre? ¿Cómo era posible disimular?..

Madama de Belmont siempre sábia y prudente me hizo ver el riesgo de suscitar las sospechas del príncipe, y se encargó de hacer el borrador de mi respuesta, reducida á una terminante renuncia de aquella cantidad junto con algunas espresiones de mera atencion. Es inútil decirte que semejante carta me pareció corta, fria, insignificante, y que tuve harto que vencerme para sancionar con mi nombre y firma una indiferencia tan distante de la realidad."

"La carta de Dazekoff en que aparecia la delicadeza de su proceder acrecentó mi cariño, como todo lo que aumenta la estimacion del objeto amado, pareciéndome que nunca le habia querido tanto como entonces."

"Aquel mismo dia le encontré en casa de madama de R***, y estuve

á pique de manifestarle mi gratitud, sentimiento dificil de reprimir, y que llenaba mi alma de un júbilo desusado. El tambien me pareció, como por una dulce simpatia mas contento que otras veces. Tratábase de las disposiciones de una nueva funcion, á que todos habíamos de concurrir disfrazados, y por una singular casualidad me insinuaron que fuese de *aldeana*. Al oirlo se me encendió el color, amiga mia, y quedé tan cortada, que me negué á ello con el primer pretesto que me ocurrió. Propusiéronme otros disfraces, que tambien rehusé por efecto del mismo aturdimiento. Dazekoff que estaba junto á mí; ¡Ah, señora! me dijo: elegid el que os acomode segura de que cualquiera que fuere ganará infinito, y que no hay ninguno capaz de aumentar vuestra be-

lleza.... Pero no; teneis mil razones; no tomeis ningun disfraz, y presentáos siempre tal como sois."

«No sé, Julia mia, si concebirás la impresion que produjeron en mí estas palabras. ¡Aconsejarme que no tome disfraz alguno, cuando al que visto constantemente le soy deudora de los sentimientos que le inspiro, ó creo inspirarle!.. Esto de hacer dos papeles es empresa que cada vez se me hace mas árdua, y no sé como podré continuar en ella muchos dias. Por una parte debo temer su odio ó sus desprecios, y por otra defenderme de su amor mientras dure mi incertidumbre: ya veis qué estado de sujecion y violencia es el mio. Apenas me atrevo á hablarle: huyo de sus miradas; pero oigo sus suspiros, no tengo armas contra ellos, y mi corazon acongojado los

recoge con gusto y afliccion al mismo tiempo.

«¡Ay, amada amiga! Tal vez mis esperanzas no son mas que ilusion; quisiera no abrazarlas tan ansiosamente, y conozco que renunciar á ellas me costaria la vida.... ¡Ah! recuérdame tus lisongeros pronósticos: ¿Seré algun dia la feliz compañera del príncipe Dazekoff? ¿Llegaré á gustar como tú las dulzuras de un enlace venturoso?.. No, amiga mia; no puedo lisongearme aun de este resultado, ni mi tímida esperanza osa fijarse en tan inefable dicha.

» Á Dios, cara Julia, á Dios tierna amiga: no creas que mis nuevos afectos debiliten un ápice nuestra antigua amistad: nunca he conocido tanto como ahora con qué estremo te quiero; nunca tu memoria

ha estado mas viva y presente en mi corazon."

La condesa Julia creyó estar viendo á su dulce compañera al recibir esta carta, y el placer que con ella tuvo fue quizá el mayor que esperimentaba desde que llegó á Paris. Es indispensable haber vivido léjos de su país para comprender cuanto encarece la ausencia el valor de los objetos que nos recuerdan el suelo patrio. Á larga distancia de él no nos son indiferentes los sujetos que lo han sido hasta entonces, porque los recuerdos que traen consigo afianzan los vínculos que nos unen á él avivándolos en nuestra fantasía.

Si Julia tuvo gran júbilo en recibir la carta de su amiga, no fue menor el que esperimentó al contestar-

la, pues explayándose con ella con la confianza de la amistad, la dió largas y menudas noticias de su nuevo domicilio y estado en la carta siguiente.

Carta de Julia de B*** á la princesa Dazekoff.

Paris 30 de marzo.

«¿Á qué fin, querida Delia, me pintas como dudosa tu felicidad? ¿Lo haces únicamente por el gusto de afligirme? Nuestra amiga, llena de confianza, me da sobre tu suerte futura mayores seguridades. El príncipe Dazekoff está hechizado por *Delia*; verla y amarla fue obra del primer momento y en el dia la adora. La noticia de tu triunfo no me coge de nuevo: de antemano te lo anun-

cié, sin creerme por eso ningun *oráculo*, pues estaba bien persuadida de que cuantos te conocen harian el mismo pronóstico. Apresúrate pues á ser dichosa, Delia mia, para que nada falte á mi ventura, y pueda yo gozarme en mi amor á mi Eduardo, y y en el suyo, sin que me aflija el recuerdo de tu situacion viéndote privada por mas tiempo de tan dulces satisfacciones.

«Deseas, cara Delia, largos pormenores de mi vida, y nuestra amiga repite las mismas instancias; fuerza será dejaros á entrambas satisfechas. Sin embargo no espereis de mi descripciones prolijas, ni una pintura bien completa y meditada de las costumbres de Paris, sobre cuyo punto me remito á la memoria de madama de Belmont, que como francesa conoce mejor que yo esta bri-

llante capital. Ceñiréme pues á trazaros un bosquejo ligero de cuanto he visto y observado, pues habeis de saber que me he metido *á observadora*, y paso por un grave personage con ciertas gentes que lo son mucho menos.

„Lo que mas me chocó desde el momento que entré en Paris fue el continuo ruido y movimiento á que cuesta trabajo acostumbrarse. Esta inmensa poblacion está perpetuamente afanada, corriendo y circulando siempre por todas partes; unos por sus negocios, y otros por sus diversiones, que viene á ser lo mismo, por que aquí la diversion es un negocio de la mayor importancia: el placer es una deidad cuyos altares se encuentran en París á cada paso; altares en que todo el mundo viene á ofrecer por tributo su tiempo y su

dinero, teniéndose por dichoso si consigue penetrar en el santuario... En fin, amada amiga, *hablando sin figuras*, te diré que Paris abunda en espectáculos de todas clases, que atraen diariamente un tropel numerosisimo siempre ansioso de diversiones.

„Las primeras noches las dediqué á este pasatiempo agradable y nuevo para mí, por que me propuse ver de léjos á los parisienses antes de presentarme en sus brillantes reuniones. Así que llegamos, fuí, como supondrás, á casa del embajador por razon del empleo de mi marido, y pocos dias despues asistí á un tertulion magnífico que tuvo en ella. ¿Querrás creer, que me divertí muchísimo menos de lo que me figuraba? No estando mas contenta nunca que al lado de mi Eduardo, fue pre-

ciso pasar léjos de él gran parte de la noche, porque aquí un marido jamas debe situarse cerca de su muger, pues es de *muy mal tono.* Si preguntas la razon de esta estravancia, te contestarán: *este es el estilo*, y en Paris es respuesta sin réplica, que todo lo salva, y por lo mismo se emplea á cada paso. Mi corazon no lo llevó bien en un principio, y menos despues, cuando advertí que Eduardo, distante del sitio en que yo me hallaba, habia llamado la atencion de una muger muy bien parecida, la cual le hablaba con un calor y una complacencia, que me afligieron en estremo. Eduardo lo notó, y á riesgo de *faltar á las conveniencias*, (que es como aquí se llama el desvio aunque momentáneo de los usos sociales), se vino á sentar á mi lado. Yo se lo

agradecí en términos tan espresivos, que le dieron bien á entender la mortificacion que habia tenido en aquel breve rato, y un poco turbada le pregunté si conocia á la dama con quien habia estado en conversacion. Díjome que era la marquesa de R*** y pasaba por un poco inclinada á lo que llaman aquí *coqueteria*. No sé si Eduardo adivinó mis recelos, pero el hecho es que añadió que la marquesa no era muger con quien él corriese el menor peligro. Aun cuando en mi Julia, dijo, no tuviese yo un preservativo poderoso, me repugnaria siempre una muger, afanada en mendigar obsequios que no le tributan espontáneamente."

« Puedes tú, Delia querida, comprender esta estravagancia llamada *coqueteria*? Para mí es un problema

de imposible resolucion: desear parecer bien á la persona que uno quiere, es cosa muy natural, pero anhelar por los rendimientos de todos los hombres indistintamente, dándose mal rato por conseguirlo, es demasiado afan para la corta satisfaccion que se alcanza. ¿Qué importan los obsequios de los individuos que nos son indiferentes? ¡Qué frio es el placer que solo satisface al amor propio! Ah! La muger que lo codicia sin duda no ha conocido mas dulces satisfacciones!

„Te e taba diciendo que Eduardo se colocó junto á mí, pero muy breve tuvo que separarse de nuevo por cuanto la silla en que estaba era la de una dama jóven que habiéndola dejado un instante, volvió á ocuparla. Como esta señora no me habia parecido bien á primera vista,

creo que no la hubiera hablado dos palabras en toda la noche, á no haber empezado ella en tono tan amable, que á pesar mio me ganó la voluntad, y á poco rato tuvimos ya una conversacion muy animada. Madama de Germeuil (que así se llamaba mi vecina) echó de ver muy pronto que yo era estrangera, por lo cual redobló sus atenciones con aquella gracia y facilidad, que solo son propias de las francesas y sobre todo de las parisienses, respondiendo con solicitud á mis preguntas y muchas veces adelantándose á satisfacer mi curiosidad. Dióme á conocer mil menudencias y estilos de la sociedad en general, y de algunas personas en particular exornando sus instrucciones con ciertas advertencias, que me interesaban siempre, y no pocas veces me dejaban aturdida. En

estos casos se reía mucho de la sorpresa, que yo no disimulaba de modo alguno, porque has de saber, Delia mia, que en el arte *de fingir* estoy aun atrasadísima, tanto que dudo de llegar á hacer grandes progresos en tiempo alguno. «Ya veo, me decia madama de Germeuil, que nuestras costumbres y usos os admiran, y advierto que no conoceis bien el verdadero sentido de muchas de nuestras espresiones. Yo he compuesto un breve diccionario de varias para uso de los estrageros y os lo prestaré si gustais. Allí encontrareis las diferentes acepciones de muchos términos de nuestro idioma, que en los diccionarios comunes no están exactamente definidos.»

«En efecto cumpliendo su promesa con puntualidad, vino á verme madama de Germeuil algunos dias

despues de esta conversacion; pero sin haber podido encontrar sino unas cuantas hojas de su diccionario, porque varios amigos á quienes le habia prestado, habian roto, segun dijo, algunas, sin duda con el fin de tomarlas por guia de su conducta.

“Eran sin embargo bastantes páginas con multitud de artículos, de que solo te copiaré, querida Delia, los que me chocaron mas por la contraposicion que encierran con respecto á las ideas recibidas.”

Fragmentos de un diccionario parisiense para el uso de los estrangeros.

AMANTE — El hombre á quien gustamos y de quien gustamos, que nos visita mañana y tarde, acompañándonos al teatro y al paseo, y

nos habla de nuestro chal nuevo de cachemira, y de su antiguo amor. Hace ya tres meses *que nos adora*, y está asombrado, iba á decir, aburrido de su constancia; pero no es verdad porque á fin de distraerse tiene otras veinte pasiones tan *esclusivas* como la que nos encarece. Por lo demas es amable, de buen humor y poco aprensivo: el fuego que le anima no le consume, ó al menos renace de sus cenizas, como otro fénix, para volar en busca de nuevos amores.

AMIGOS — Gentes que buscan con ansia vuestra compañia y la dejan con el mismo anhelo; tienen envidia de vuestras satisfacciones, se rien de vuestros contratiempos, os abandonan en vuestra afliccion porque no tienen valor para soportarla, y acuden los primeros á vuestros festines.

Esta clase de amigos no deja de abundar en Paris. En tiempo de prosperidad vienen á bandadas, y en el de desgracia desaparecen de todo punto.

FELICIDAD — De todas las voces de uso frecuente en nuestra lengua, esta es la que admite mayor variedad en sus acepciones: para muchos es sinónima de *fortuna, ó de riquezas*; para otros se confunde con *dignidades* y *honores*. Hay algunos que la tienen por idéntica con la *gloria* y *la fama*, y otros, pero muy raros, con *la virtud*. La felicidad no aparece en parte alguna bajo tan varios aspectos como en Paris; así todos se afanan por encontrarla. Para ello van y vienen sin cesar, agitándose en términos, como si se la hubiese de alcanzar corriendo: en sus pro-

pias casas la buscan pocos, y en el fondo de sus corazones poquísimos. ¡Qué maravilla será que se la encuentre rara vez, siendo lo mas comun buscarla en parages en que no ha estado nunca!

CANTO — En ningun país se canta tanto como en Francia: el canto es en cierto modo un segundo lenguage nacional que tiene mayor atractivo y eficacia que el *lenguage hablado*. Si se trata de escitar la alegria, se canta; si el objeto es inspirar amor, ó bien pintar sus placeres ó sus tormentos, se canta. ¿Se quiere mover á compasion, ó infundir sentimientos devotos? el medio es cantar. ¿Se intenta afilar el dardo maligno de la sátira? Cantando se logra. ¿Sobreviene un contratiempo? Nos consolamos cantando.

Por uno que se proponga conmover dulcemente el ánimo por medio de un canto natural y espresivo, hay mil que no tributan sus elogios sino á sábias modulaciones y á la armonia de los sonidos. Á veces la letra está en idioma estrangero, del cual no se entiende una sola palabra; sin embargo se canta pues ese no es obstáculo importante. ¡Y cuántas óperas francesas tenemos, cuyas palabras son tan poco inteligibles como si fuesen griegas! Á pesar de eso se cantan, y se vuelven á cantar. Todo el mundo tiene oidos, corazon muy pocos; y con tal que se cante, y no se cese, ya los parisienses estan contentos.

No obstante que en Francia está el canto en boca de todos es cosa mas seria de lo que parece. No se puede cantar como se quiere,

cuanto se quiere ni en el tono que se quiere, porque siempre está cierto diapason pronto á reprenderos si cantais mas alto ó mas bajo, y el que no cantase por el tono dado, se espondria, segun dicen, por tan leve falta á una severa reprimenda.

CONSIDERACION. De este género hay en Francia muchas especies: *consideracion de rango*, *consideracion de caudal*, *consideracion de mérito.* Esta es la ínfima, y en cierto modo no se cuenta con ella. Así hablemos de las otras.

CONSIDERACION DE RANGO. Es muy raro que sea totalmente personal, y cuanto mas remota es su procedencia, es mas apreciable, aunque por otra parte algun título ó

bandas la proporcionan del mismo modo. El que estas distinciones las merezcais ó no, importa muy poco. Lo esencial es adquirirlas, pues siempre se reputan por *buena presa*, y tambien la consideracion que traen consigo.

CONSIDERACION DE CAUDAL. — Esta es entre todas la mas indisputable. Aunque en ella tengan alguna parte vuestro cocinero, vuestros criados, vuestros coches, nada importa: siempre es vuestra por que os cuesta el dinero, y todos se apresuran á manifestaros que os la tienen. En Paris el camino real que conduce á la consideracion es el dinero, en vez de que el mérito si llega á ella, es muy lentamente y por sendas estrechas é intrincadas.

PROMESA — *Promesa y obligacion* no son términos sinónimos en Paris; léjos de eso apenas tienen entre sí estas dos voces la mas ligera analogia. Aquí una promesa á nada obliga: es moneda corriente de poco valor que se da sin parar la atencion en ella. El chasco es para quien la recibe creyendo que es algo, pues figurándose tener un tesoro, en realidad nada posee.

Continuacion de la carta de Julia.

«Baste de citas, amada Delia: las demas hojas del diccionario parisiense las conservaré para cuando nos veamos, y entonces las recorreremos juntas, pues es tiempo de dar fin á esta carta, que ya es un poco pesada, á pesar de que estoy

cierta de que no te suministrará todos los pormenores que tu curiosidad apetece.

„Cuanto te he dicho se refiere únicamente á la sociedad, que es la que naturalmente ha debido llamar mi primera atencion por ser mas agradable en Paris que en parte alguna por confesion de los mismos estrangeros. Aquí se presenta con mas gracia el ingenio y la conversacion con mas halagos: en suma de cuantas diversiones y placeres ofrece esta brillante capital, la sociedad es la preferente porque es en lo que se diferencia mas del resto de Europa.

„No tardes en escribirme, pues estoy impacientísima de saber el desenlace del interesante drama en que estás haciendo el principal papel. Uno de los tormentos de la ausencia es la incertidumbre: así el an-

sia con que estoy esperando siempre la llegada de los correos es proporcionada al cariño que te profeso.

Á Dios, Delia mia; á dios, amada compañera: vive segura de que presente ó ausente serás en todos tiempos mi mas cara amiga—

Julia.

Esta carta distrájo sin disgusto á Delia algunos ratos del único sentimiento que la ocupaba á todas horas. Nunca son mas dulces ciertas distracciones que en los momentos felices, porque la suspension instantánea de una idea que absorbe nuestra imaginacion agradablemente, nos la presenta despues mucho mas halagüeña cuando volvemos á meditarla; pero en las aflicciones sucede lo contrario: lo que es mas penoso aun que el dolor no interrumpido son

aquellos intervalos, que le suspenden un breve rato para sentirle luego con mayor vehemencia. La distraccion prepara tormentos al desgraciado, placeres al venturoso.

Así Delia abismada siempre en un pensamiento lisongero, lo separa de sí un instante para paladear las dulzuras de la amistad, encontrando despues en él mayor embeleso.

Tres meses iban ya corridos desde que Delia habitaba en Moscou, y si este tiempo habia sido bastante para cimentar su pasion al príncipe de un modo indeleble, este veía por su parte tomar cada dia mayor cuerpo su amor, de bien distinta manera que aquellas efímeras inclinaciones que nacen hoy y mueren mañana, pues este sentimiento tan sincero como profundo estaba apoderado de todo su corazon, y parecia que la

misma duracion le prestaba mayor incremento. Sin embargo no se atreve á declararle en términos positivos, y Delia conserva el mismo disimulo, si bien las razones que entrambas tenian para imponerse esta reserva eran de naturaleza muy diferente. Aunque pasaban juntos gran parte del dia, y pensaban á todas horas uno en otro, la palabra *amor* no la habia pronunciado ninguno. ¿Pero acaso es preciso articularla para espresar la ternura? El amor, cuando uno se halla al lado del objeto que le inspira, se pinta en nuestros ojos, en la voz y hasta en el silencio; á todo está presente, cubierto á la verdad con un velo diáfano y ligero que le hermosea sin llegar á ocultarle.

Á pesar del íntimo placer que esperimenta Dazekoff en amar á De-

lia, no puede librarse de cuando en cuando de una reflexion melancólica sobre su estado... Qué espera? Qué pretende?... ¿Ha podido olvidar que una barrera invencible le separa de ella perpetuamente?.. No, no lo ha olvidado, harto en memoria lo tiene, y este recuerdo fatal le persigue y aqueja en todas partes... Esta es la vez primera que conoce el valor de una esposa amable, virtuosa y bella, y écha de ver que para siempre está privado de tan inefable dicha... Semejante pensamiento le desespera: ya no es el voluble é inconstante Dazekoff: la flecha del a mor verdadero ha cambiado su ser: contempla con espanto su futura suerte, y no ve en la resolucion de Catalina sino el fallo de una injusticia horrorosa. Hasta ahora habia mirado con total indiferencia las tentativas que hizo

la princesa su padre á fin de anular su casamiento; pero en la actualidad siente vivos impulsos de correr á las plantas de la emperatriz á implorar su ayuda para romper unas cadenas que le son insoportables.

Aunque violento en sus determinaciones, esta le causa tal repugnancia, que no puede menos de hallar en su ánimo vivísima resistencia. Es preciso resolverse á volver á la corte y dejar á la princesa Obalinska: y ¿cuál será el premio de tan atroz sacrificio? ¿Tendrán sus esperanzas la feliz terminacion que desea? Esta incertidumbre es un tormento más, que acrecienta el de su amarga separacion, y le decide á poner sumo cuidado en que no transpire el objeto de su partida, cuyas disposiciones toma con sigilo aun cuando tiembla al acercarse el momento de realizar-

las. Su primer propósito fue llevarlas á efecto sin ver á Delia, temeroso de no poder contener en presencia suya los efectos de su conmocion, y persuadido de que léjos de ella tendrá mayor esfuerzo. — Pero apenas hubo formado esta sábia determinacion, cuando sin saber acaso lo que se hacia, y cediendo únicamente á un impulso natural, asiste á una reunion á que debe concurrir la princesa.

Acostumbrada esta á leer en su fisonomia, advierte con desasosiego una gran alteracion en sus facciones, pareciéndola que apartaba de ella con estudio sus tristes ojos. En efecto el príncipe que jamas dejaba de estarla contemplando, hacia esfuerzos por huir de Delia, y en aquel mismo punto, como por un movimiento involuntario, daba algunos

pasos hácia su querida, volviendo de nuevo á alejarse, y demostrando la agitacion de su alma en todas sus acciones y movimientos.

Como Dazekoff guardó su secreto, ignora Delia el motivo de tan incomprensible transformacion, por lo cual no pudo en toda la noche gozar un instante de reposo. Llegada la mañana, y entregada á las mismas dudas y zozobra, sin poder adivinar la causa de aquella novedad, supo la partida del príncipe, haciendo en ella el efecto del rayo.

¡Ay, amiga mia! esclamó arrojándose en los brazos de su aya: ya está visto el resultado de nuestra tentativa, de nuestro misterio, y de tan largo y penoso disimulo!.. Si léjos de realizar mis esperanzas, no habremos hecho otra cosa que desvanecerlas enteramente!... Si así su-

cede, no será Delia la que sobreviva á tanto infortunio. —¡Por Dios, querida mia, replicó madama de Belmont, que tengais mas ánimo, y no os dejeis abatir por este golpe por muy doloroso que sea. Á gran pena, gran esfuerzo; y sobre todo no os arrepintais jamas de haber tenido la reserva y la severidad, que parece os echais en cara. Tened presente que no hay tiempo ni circunstancia alguna en que deba sentir una muger él haber hecho semejantes sacrificios. Siendo como sois esposa del príncipe, no hubierais en verdad cometido culpa en dejar traslucir los sentimientos que os inspira; pero como no lo erais en concepto suyo, podeis creer que la declaracion de amor de la condesa Obalinska no hubiera echado grillos á su inconstancia.... Es posible, querida amiga, con-

tinuó madama de Belmont al ver á Delia anegada en llanto, que no procureis templar la afliccion que os oprime? — Quién os ha dicho que Dazekoff se va para no volver á veros?... Y si así sucediese no encontrareis en el mismo hecho razones que moderen vuestra pena? Aun cuando no hubieseis logrado fijar la inconstancia del príncipe, no creeis haber alomenos grangeado su estimacion? ¿Ó acaso aparentaba sentimientos de que no era susceptible? ¿En tal caso hubierais gozado con él la felicidad á que sois tan acreedora? ¡Ay, hija mia! Reflexionemos en medio de nuestras desgracias, que acaso evitamos con ellas otras mucho mas amargas y crueles.

El lenguage de la razon tenia sobre Delia gran predominio cuando su corazon menos agitado estaba en

aptitud de escucharle; pero en la actualidad las prudentes reflexiones de su amiga, aumentan su dolor léjos de darle el menor alivio. Sí, sí, teneis razon, la dijo; Dazekoff ha sido ligero, inconstante: demasiado lo estoy viendo; mas ni ha sido pérfido, ni lo es, ni lo será. Dejadme creer que me quiso de veras, pues solo esta persuasion puede mitigar mis angustias y ofrecerme algun consuelo.

Cuando estaba en lo mas fuerte de sus esclamaciones le presentaron una tarjeta de Dazekoff, qne se recibió la víspera, y no la fue entregada por olvido. Clava la vista en aquel nombre adorado, y repara en que al pie estaban las iniciales admitidas por el uso en estos casos, y denotan *ser de despedida.*

¿Cómo? dijo Delia; es este me-

dio tan desabrido y bárbaro el que debió emplear para despedirse de mí para siempre?.. Volviendo á fijar la vista en aquel nombre de influencia mágica, repara en la viñeta del contorno, distinguiendo en ella esta frase en idioma frances y en caracteres menudísimos: *Separados para volver á unirse.* Una y mil veces leyó y releyó estas palabras de consuelo, que no se atreve á aplicar en favor suyo.. ¿Estarán grabadas por casualidad ó por costumbre en la tarjeta, ó se grabaron de intento para reanimar sus esperanzas? Delia no lo sabe, pero sin embargo sintió con ellas algun alivio en su amargura.

Entretanto nada transpiró acerca de la partida del príncipe ni de los motivos que la ocasionaron, y el olvido que supone este proceder au-

mentaban mas y mas la melancolía de su esposa, quien tuvo intenciones de abandonar un pais, en que sino conoció enteramente la felicidad tuvo al menos esperanzas de conocerla. ¿Pero á donde huir para evitar el dolor que la persigue? El castillo de Zendorff, en otro tiempo su amado retiro, redoblaria sus penas, como que era don del mismo príncipe, y en el cual todos los pensamientos de Delia se dirigieron constantemente al ingrato que así la abandonaba. ¿Pero no basta que este dulce y cruel recuerdo esté fijo en su memoria, para que la atormente y acose sin cesar en todas partes? En vano forma proyectos de mudanza de domicilio: madama de Belmont que conoce la ineficacia de tal remedio, se opone á esta idea, y persuade á su alumna que no se mueva de Mos-

cou por algun tiempo. Entretanto el aya prudente no desconfia de servir á Delia, porque no considera perdida la esperanza de un feliz resultado. No le parece posible que Dazekoff haya podido olvidar tan completamente á su hermosa discípula, y menos despues de haber dado tan grandes testimonios de su aprecio y cariño. Preciso es para tan precipitada desaparicion hayan mediado motivos secretos, y esto es lo que se propuso averiguar. Á fuerza de actividad y de aquella destreza, que rara vez la engañaba, no tardó mucho en saber que el príncipe habia ido á Petersburgo, y que se habia echado á los pies de la emperatriz suplicándola que rompiese los vínculos de un enlace aborrecible. Sin hacer mérito de su nueva pasion, pues el verdadero amor es siempre reservado,

expuso á Catalina poderosas causas y razones, fundadas en la muerte de su madre, en las inmensas riquezas y esplendor de su casa, á la cual deseaba dar digna y correspondiente sucesion, y otras semejantes; pero encontró en aquella soberana la misma resistencia á sus deseos, sospechando algunos motivos secretos y conociendo la volubilidad del príncipe, por la cual nunca quiso abandonar los derechos de aquella jóven é interesante Delia, cuya memoria conservaba todavia. Escribian sin embargo á madama de Belmont, que la emperatriz empezaba á vacilar algun tanto, aunque difiriendo su resolucion para mas adelante.

Con esta noticia escribe sin perder momento madama de Belmont á la amiga que tenia en Petersburgo y pertenecia á la servidumbre de Cata-

lina, pintándola la situacion singular de los dos esposos, y descubriéndola que los deseos de entrambos eran mas bien de reunirse que de separarse.

Aunque la sagaz directora halló en esta conducta del príncipe confirmadas sus presunciones de la vehemencia y sinceridad de su pasion, no quiso comunicarla á su alumna, creyendo conveniente prolongar algo mas sus pruebas. Era muy del caso saber si resistia la de la ausencia, que acaso no es la menos peligrosa, y hasta entonces estaba determinada á no descubrir á Dazekoff el misterio, temiendo que los prestigios de la vanidad prevaleciesen en su corazon sobre las ansias de un cariño al parecer constante y verdadero. Estaba pues esperando no sin inquietud el éxito de este viage, por que au-

mentaba mucho su impaciencia la profunda melancolia de su alumna.

Mientras Dazekoff era blanco de esta injusta sospecha, no hacia otra cosa que instar é importunar á la emperatriz para que accediese á sus deseos, desesperado al ver que no puede conseguir respuesta favorable, pues su augusta soberana se obstina en mantenerse indecisa... Sin aguardar su pesada resolucion y no pudiendo soportar mas tiempo tan penosa ausencia, deja repentinamente á Petersburgo, y toma el camino de Moscou arrastrado por la vehemencia de un atractivo irresistible.

Por mas ansioso que estuviese de ver á Delia, no se atrevió á su llegada á presentarse en su habitacion, pues hasta allí jamas la habia hablado sino en las tertulias y otros parages de gran concurrencia; pero se

apresuró á presentarse en casa de la princesa de L***, con la esperanza de encontrarla en ella, como sucedió en efecto. Delia que no tenia noticia alguna de su regreso ni de las demas circunstancias y motivos de su viage, se quedó sorprendida en términos de poder apenas disimular su conmocion. En vano procura recordar las razones de queja y resentimiento por su marcha repentina: ya no ve mas que á Dazekoff, ni piensa en otra cosa que en el placer de volver á verle. Pero echándose en cara muy pronto su debilidad, se esfuerza por disimular una sensacion tan poco merecida, revistiéndose de cierto aire de frialdad é indiferencia.

No dejó por eso de notar la mudanza de Dazekoff, en cuyo semblante se echaba de ver lo que ha-

bia padecido, y padecia aun. La incertidumbre en que se encuentra prolonga su tormento, y la helada acogida de Delia acaba de desgarrar su corazon.

En este punto iba á empezar un concierto brillante. La princesa de L*** se acerca á Delia, y la suplíca que tome el arpa y regale al concurso con alguna de sus canciones. Delia quiere escusarse, pero tiene que condescender, y toma temblando el instrumento que da tanto realce á sus hechizos. Busca entretanto á Dazekoff con ojos inquietos, y le descubre á cierta distancia; pero la palidez de su rostro la asusta: estaba como inmóvil, y en todas sus facciones estampado el sello del dolor mas profundo. Al verle así no sabe donde está, ni lo que la pasa: enteramente olvidada de las gentes que

Delia, y creyó leer en sus ojos la respuesta mas favorable.... ¡Quién no envidiará la felicidad de aquel instante! Ama y se cree amado; al menos le lisongean las mas dulces esperanzas, y estas bastan para embriagar de júbilo su pecho.

En vano buscó en el resto de la noche ocasiones de ocupar el lado de Delia, la cual estuvo constantemente junto á la princesa de L***. Así no pudo hablarla una sola vez, contentándose con estar lo mas cerca que le fue posible contemplándola en silencio, y trasladando á sus miradas el alma toda.

Cuando mas enagenado estaba en el delirio de su tierna pasion, le asaltó el pensamiento fatal que á todas horas le perseguia: ve que no es libre: ¿Llegará dia en que lo sea? ¿Vendrá tiempo en que una su suerte con

la de aquella muger adorable, y celestial? Esta cruel incertidumbre acibára su gozo momentáneo, y se concluye la funcion sin que logre espresar de nuevo á su amada la sensacion que tanto le enagena.

Vuelve á su casa absorto en sus meditaciones y sentimientos, cuando al entrar en ella le entregaron un paquete de cartas que acababan de llegar de Petersburgo. Rompe el sello de la mas abultada con la mayor impaciencia, y al enterarse de su contenido, se deja caer medio acongojado sobre un taburete. Era pues la resolucion de Catalina, contraria á sus deseos, y dando en tierra con todas sus esperanzas. Decíanle que la emperatriz, conmovida por los motivos alegados en sus solicitudes, habia estado muy inclinada á revocar su primer decreto, accediendo á

su pretension; pero considerando que habia otra persona interesada en el asunto, cuyo consentimiento era indispensable segun toda regla de justicia, se habia pedido el de la princesa Dazekoff, la cual consultada sobre el particular, se habia negado redondamente á darle. Añadian que toda ulterior tentativa no solamente seria infructuosa, sino que privaria para siempre al príncipe del favor de su soberana.

¡Ó fallo bárbaro é injusto! esclamó Dazekoff. ¿Con qué derecho se me condena á perpetua infelicidad? ¡Ah, Catalina! Despojadme si quereis de vuestros dones y mercedes. ¿Qué me importan honores ni riquezas?.. Todas las cedo sin vacilar un punto; pero dejadme disponer de mi corazon y de mi mano. Y tú, muger imprudente, á quien eché y de-

bí echar léjos de mí, ¿qué fruto piensas sacar de tu repulsa?—¿Por qué te complaces en perpetuar así mis tormentos?... Toma de nuevo el fatal papel... «No, dice: no hay remedio: ya todo se acabó para siempre jamas!.. Anegado en sus lágrimas, desalentado y sin esfuerzo alguno contra este terrible contratiempo, prorumpió en esta esclamacion: ¿Y cuándo, cuándo recibo tan funesto golpe? En el momento mismo en que me alucinaban las mas lisongeras ilusiones; en el momento en que Clara se habia manifestado por la primera vez sensible á mi ternura; ¡entonces es, santos cielos, cuando tengo que renunciar á tan anhelada felicidad!.. Mientras conservaba esperanzas de unirme á ella era menos culpa amarla, y ocultarla este fatal secreto, cuya revelacion

hubiera sido para ella un eficaz preservativo. ¡Ó Dios!. Si fuera cierto que me amase!.. Pero, aun estamos á tiempo: su corazon no esperimenta los tormentos que el mio; es preciso huir y alejarme de su vista para siempre... ¿Pero no sabrá siquiera cuál es la causa que me condena á un sacrificio tan doloroso?.. Fuerza es que no la ignore; quiero confesarla á su pies, é implorar su perdon.... Lea por lo menos otra vez lo que pasa en mi alma, puesto que ha de ser la postrera. Despues me alejaré, sí, debo hacerlo; pero no me es posible dejarla para siempre sin estar seguro de que guarda su corazon un recuerdo capaz de sobrevivir á la ausencia, que el solo puede hacerme soportable."

Lleno de agitacion y de congoja toma varias resoluciones sin lle-

var á efecto ninguna, hasta que por último triunfa la razon, se decide á partir, y escribe á Delia la siguiente carta.

"¿No será, señora, digno de vuestra indulgencia, ó al menos de vuestra compasion un infeliz que escuchando solo los impulsos de su corazon se ha dejado arrastrar de un sentimiento, imperioso, ardiente, que le consume, y á que no es ya tiempo de poner obstáculos ni diques?..

"Yo os adoro, señora, y tal es la singularidad y el rigor de mi estrella, que amándoos con el mayor delirio, no solamente no debo aspirar á vuestra correspondencia, sino que ni aun me es licito desearla... ¿No desearla?.. ¿Renunciar á la mayor de las dichas?.. ¡Ay, Clara, Clara! Veo que no me entendeis.. y

no me atrevo á declararme mas.. Pero aunque ignoreis hasta que punto llega mi desventura; ¿no basta para que os apiedeis de mi el considerar cuanto padezco?

„Á penas empezaba á saborear el placer incomparable de volver á veros, me encuentro condenado por una sentencia inhumana á huir de vos segunda vez, y á huir para siempre... Este sacrificio mil veces inferior al de mi vida le debo á vos y á mí mismo, y sabré consumarle, si no me engaño; pero antes de condenarme á perpetuo destierro, dignáos de oirme por breves instantes.

„Desde el dia en que mis ojos os contemplaron embelesados por primera vez, y en que sin conoceros me obligó á seguir vuestros pasos una fuerza indefinible, desde entonces, señora, estoy enamorado de

vos, aun cuando hasta ahora haya podido contener la espresion de un sentimiento, que abrasa mi corazon, y tiene sojuzgados á un tiempo mi espíritu, mi razon y toda mi existencia... Yo que nunca habia podido reprimir los primeros ímpetus de mi voluntad, yo que me he sabido burlar de los empeños mas solemnes, me encuentro en el dia avasallado por el desconocido poder que me domina, y tiemblo, vacilo y lucho sin cesar contra el encanto que me arrastra, siendo en verdad culpable, aunque contra mi voluntad y apesar de los mayores esfuerzos.

„Hacia ya tiempo que os amaba y aun no conocia lo que pasaba por mí: tan diferente es la pasion que habeis sabido inspirarme de mis afectos anteriores. ¡Ó, Clara! Lo que mas me maravillaba en vos, es esa

modestia, ese candor, ese atractivo de la virtud, bajo cuya égida, me juzgaba exento de todo peligro. ¿Es culpa mia si las calidades que han producido y aumentado mi amor incesantemente, son las que por lo comun obran el efecto contrario de desalentar los deseos y amortiguar su vehemencia?... Diré por lo menos, para no ser injusto conmigo, que desde el instante que eché de ver el yugo de vuestro imperio, hice cuantos esfuerzos pude por sacudirle, perseguido por un recuerdo fatal...; pero no, Clara; no es ocasion de declararme todavia... Quedábame cierta esperanza, y era indispensable realizarla, ó arrancar del corazon la flecha que se me entraba cada vez mas adentro. Tomé pues el arbitrio de alejarme de vos, huyendo efectivamente con el mayor sentimiento

de los lugares que habitabais; mas en la duda del buen resultado de mis gestiones, me servia de consuelo mi natural ligereza, contando con que la ausencia produciria en mí, como otras veces, tibieza y olvido... ¡Cuán grande era mi error, Dios mio, y cuán poco fruto saqué de aquella tentativa! Ví que la ausencia es capaz de estinguir una inclinacion de poco momento, pero conocí que aviva las verdaderas pasiones, pues nunca ha sido tan vehemente la mia, como en el tiempo que pasé léjos del objeto que la causaba. ¿Quién era poderoso entonces para distraerme de mi único pensamiento? Si me hallaba al lado de otra muger, solo me ocupaba en compararla con vos, y se aumentaba mi cariño... Pudiera tal vez haberme olvidado de que erais la mas hermosa de todas; pe-

ro ¿cómo olvidar esas virtudes modestas, esas gracias y habilidades seductoras que nadie ha poseido en tal alto grado como vos?.. Estas son vuestras armas invencibles y poderosas, á que en vano intentaria resistirme, ni quisiera hacerlo aunque pudiese... No, Clara, no puedo engañaros: amo, y padezco; pero una indiferencia que restituyéndome el sosiego perdido, borrase en mí el sentimiento, que me atormenta y me hechiza, no la busco ni la codicio.

„Cuando conozco tan bien lo necesaria que sois á mi existencia, cuando he visto en nuestra breve separacion que vivir léjos de vos es de todo punto imposible, ahora es cabalmente cuando un cruel contratiempo trastorna mis esperanzas mas halagüeñas, y me condena á perdurable duelo y desventura. Pero en

fin seré infeliz yo solo; la adorable Clara no será víctima de mi mala suerte, y por intolerable que me sea, iré á derramar lágrimas y á exalar gemidos á otros paises.... ¿Mas podré confiar en mis resoluciones?.. ¿Tuve ayer fortaleza para resistir la impresion vehemente de vuestros melodiosos acentos?... En mi delirio no me fue posible contener una declaracion..., y me pareció advertir en vuestras miradas.... Sin duda fue piedad; mas por Dios no la tengas de mí: por tu bien, por mi reposo te ruego que no me compadezcas... y sobre todo que no me ames.... Sí: no me ames... Á esta última seduccion conozco que no está en mi mano resistir, y si me amases. Clara, si me amases.., á dios prudencia, entendimiento, resoluciones. No hay remedio: fuera forzoso ser tuyo ó

renunciar á la vida.

„Pero donde me arrastra este amor, este loco amor que perturba y, lo conozco muy bien, enagena mi entendimiento?.. Perdonad, señora, este insensato lenguage, y dignaos concederme una gracia por la última: mañana, dentro quizá de pocas horas, me apartaré de vos para siempre; pero antes de tan atroz destierro permitidme que os vea y hable un momento solo. Un fatal secreto oprime mi corazon; debo y quiero revelároslo, y tal vez tendré esfuerzo para deciros boca á boca lo que no me atrevo á confiar á este papel... Sí, señora; no me atrevo por el temor de que me desterreis para siempre de vuestra presencia, y quisiera veros aun. Necesito á la verdad de este último consuelo; lo necesito indispensablemente.

„Vuestra madre, vuestra tierna madre estará presente á nuestra conferencia, si tal es vuestro deseo.... Vais á tenerme por muy culpable; pero ¿quién no aprobará mi disculpa?... ¿Cómo era posible estar al lado de Clara, y no amarla? ¿Cómo defenderse del irresistible atractivo de tantos embelesos de tantas calidades de mas poderosa seduccion todavia? No, no soy culpable, ó si lo soy, cualquiera en mi lugar lo hubiera sido igualmente.

„¡Qué turbacion, qué zozobra será la mia mientras esté esperando vuestra respuesta!.. Pero no, Clara, no me respondais; conceded algunas horas mas á mi incertidumbre, pues un rayo de esperanza la ilumina; y si por premio de tanto amor, pensais negarme lo que os pido, tendrán algunos instantes mas de duracion

mis dulces y agradables ilusiones."

"Á las seis estaré á las puertas de vuestra casa: ó Clara, Clara, no tendreis compasion de mí? ¿Rehusareis admitir al desventurado

Dazekoff?

~~~~~~~~~~

Los sentimientos que Delia esperimentó con la lectura de esta carta, y las dulces lágrimas que derramó al recorrerla, imagínenlo nuestros lectores. Érala muy fácil comprender el sentido de todas sus espresiones, y todas iban asestadas á su corazon. Una sola cosa la tenia confusa, y es que ignoraba qué esperanzas eran las que habia tenido el príncipe y acababan de desvanecerse. Madama de Belmont le refirió entonces los pasos que habia dado
~~~~~~~~~~

con la emperatriz, y las resultas que habian producido, añadiendo que en estas gestiones aparecian los verdaderos sentimientos de Dazekoff, y eran las pruebas mas seguras de su sinceridad y firmeza. »¡Ó querida amiga! esclamó Delia transportada de gozo, ¿creeis que cabe todavia motivo de recelar? — Ninguno absolutamente, respondió el aya: su amor es tan sólido como fogoso, y estoy persuadida que podeis contar con su duracion y constancia. — Sí, sí, dijo Delia, mi corazon me lo anuncia. Dispuesta estoy á recibirle, y ojalá resulte de la despedida que se propone el que jamas volvamos á separarnos.

¡Cuan diferente fue para los dos esposos el breve intervalo que medió hasta llegar el momento de su reunion! Delia enagenada en la contem-

placion de sus dulces esperanzas, en términos ya de realizarse, si bien interpoladas con ciertos recelos; Dazekoff abatido por su infortunio, acosado de vivas inquietudes, y no viendo en su triste porvenir, sino un momento de ventura, que tal vez le será denegado... "¡Ó culpable ligereza mia! esclamaba á sus solas, ¿cuál será tu influjo en mi futura suerte?" Lleno de zozobra, no hace mas que dar vueltas de un lado á otro sin encontrar un solo instante de sosiego; fijos siempre sus ojos en la esfera del relox, las agujas del horario se mueven con tal lentitud que le parecen inmóviles... Está arrepentido de no haber solicitado contestacion á su carta... ¿Le concederá Elena la gracia que la pide?.. ¿Tendrá la inhumanidad de negársela? Jamas ha habido delincuente al-

guno que estuviese esperando con mayor congoja y agitacion la sentencia que ha de condenarle ó absolverle. Llega por fin la hora.. parte.. vuela... se acerca á los umbrales de su amada... una sola voz va á decidir de su suerte... ¡Con cuánta angustia pronunció estas pocas palabras! *¿Está en casa mi señora la condesa?* ¡—*Sí, señor*, le contestaron... Tiembla y apenas puede tenerse en pie... ¡Santo Dios! Cuanta esperanza encierra aquel monosílabo! Sin duda se compadece de su afliccion, tal vez su amor halla correspondencia en su pecho, y toma parte en sus penas!.. Estos pensamientos se presentaron de golpe á consolarle, y en el alma ardiente de Dazekoff necesita poco la esperanza para convertirse en conviccion: ya cree la posibilidad de ser feliz, y reanimado con esta

idea le conducen á la habitacion de Delia, dejándole en una sala que jamas habia visto, y diciéndole que van á avisar á las señoras. Aquí volvieron á renovarse sus inquietudes, suscitadas por tan breve detencion, cuando de pronto repara en un retrato de Delia y se pone á contemplarle embelesado. Representábala en trage elegante y sencillo, rodeada de todos los atributos de las artes, y con un papel en la mano en que se leían estas palabras: *para él solo.*—Desde entonces ya no vió Dazekoff en todo el cuadro otra cosa que el fatal papel, creyendo hallar en él su propia sentencia... ¡*Para el solo*! repetia: y ¿quién es el dichoso mortal qué ha podido *solo* interesarla y absorver así sus pensamientos? ¿Quién podrá ser, cielos santos?.. En esto se presenta Delia... Dazekoff se adelan-

ta azorado á recibirla, y olvidándose de que vá á implorar de ella una gracia, deja ver en su rostro el mas vivo resentimiento, que le cuesta gran trabajo reprimir... ¡Ah, señora! dijo señalando al retrato... Tened la bondad de esplicarme lo que estoy viendo.. ¿Á quien se dirigen estas palabras?.. — Príncipe, responde Delia esforzándose por disimular su propia agitacion, viniendo como venis á revelarme un importante arcano, razon es que yo os corresponda con igual confianza. Sabed pues que el caro esposo de quien la suerte me habia separado.. aquel esposo á quien amo mas que á mí misma... — Acabad por Dios, señora. — Vive aun, y es mas acreedor que nunca á mi ardiente cariño... El és *el solo* por quien vivo y aliento —¡Dios mio! ¿Qué he escu-

chado? ¡Ah, Clara! cruel Clara! Por qué os habeis burlado tan despiadadamente de mí amor, de mí desesperacion, de mis insoportables martirios? Gemia sin esperanzas; es verdad: estaba cierto de que no podiais ser mia... pero á qué fin decirme que otro reina en vuestro corazon?" Dazekoff fuera de sí, y en términos de perder el juicio. «Clara, Clara, prorumpió mil veces; ¿quién te ha querido jamas como yo te quiero? Ah! Sea quien fuere ese esposo feliz, no merece tu ternura como yo la merezco... No, Clara, nadie te ha amado ni puede amarte en la vida con la vehemencia y la locura que yo; nadie, nadie sin escepcion alguna.

Delia enternecida y haciendo los mayores esfuerzos por contener sus lágrimas; «Príncipe, dijo; antes de

responder á vuestros cargos, quiero que á lo menos conozcais al dueño de mi mano y al *único* que posee mi corazon..." Al mismo tiempo descorre una cortina y aparece á los ojos de Dazekoff su propio retrato de la mas perfecta semejanza, con el mismo traje de camino con que pasó por Lebnau. "¿Qué es lo que estoy viendo, cielo santo? esclama:... Señora! Clara!.. vuestro retrato!... el mio!... Qué confusos recuerdos!... mas no, no es posible. ¡Ay señora! Hablad; esplicáos por Dios, y no querais deslumbrarme con esperanzas ilusorias. — ¿Y es posible que todavia desconozcais á Delia, aquella Delia vuestra feliz esposa?" Sorprendido el príncipe y enagenado de gozo apenas puede respirar. La admiracion, el amor, el júbilo se ven retratados en sus miradas, y arroján-

dose á los pies de su amante, no acaba de creer su ventura y se persuade que está batallando con las mentidas ilusiones de un sueño.— « Delia! adorada Delia! esclama una y mil veces; es esto verdad? ¿Soy yo de veras el feliz poseedor de un tesoro, cuyo valor estaba léjos de conocer? Esplicadme cómo ha podido obrarse una metamórfosi, que cuanto mas convence mi corazon, tanto mayores dudas deja en mi entendimiento... ¿Por qué especie de encanto puedo hallar á la aldeana de Lebnau en la brillante condesa de Obalinska? ¿Qué poder sobre humano ha hecho tan portentosa mudanza?— La educacion y el amor, respondió Delia: quise hacerme digna del objeto de mi ternura, y este ha sido el constante y único fin de todas mis acciones y pensamientos por espacio

de cuatro años; mas ¡ay Dazekoff! qué recompensa tan dulce es la que recibo en este feliz instante!

Dazekoff absorto y enternecido no halla términos con que espresar los sentimientos de que se siente penetrado, y estrechándola contra su pecho; ¡«Ó Delia mia! dice; mi dicha llegará á su colmo si consigo labrar la tuya, pagándote así los desvelos con que has sabido preparar á tu esposo los felices dias que le esperan!

Refirióle Delia en pocas palabras los motivos de gratitud que la unian con madama de Belmont, á cuya solicitud y esmero era deudora del próspero resultado de su empresa, y ambos se apresuraron á manifestarla el mas vivo reconocimiento. Tenia esta, como es de presumir, la mayor curiosidad de saber el éxito de

la despedida del príncipe; pero no fue menester que se lo esplicasen, pues la alegria en que rebosaba el semblante de los dos daba á entender el desenlace de quel drama con mayor claridad que cuanto hubieran podido espresar sus labios. El conde de..., aquel íntimo amigo que tanto contribuyó á la deseada reunion de los dos amantes y se hallaba en el aposento del aya esperando el fin de tan interesante escena, les dió el parabien, á que los príncipes correspondieron con espresivas muestras de su gratitud y aprecio.

Sin apartarse un punto de su amada Delia no se cansaba Dazekoff de contemplarla y admirarla, manifestando la mas viva impaciencia por volver á Petersburgo á presentar en la corte aquella muger tan interesante y hermosa. Pero Delia, léjos

de tener el mismo deseo procuraba disuadir á su esposo. ¿Quién sabe, decia, si hallaré el recibimiento y la acogida de que os lisongeais, y que son debidos á la esposa del príncipe Dazekoff? No formeis juicio de los demas por vos mismo, y tened por cierto que el corazon puede reconocer sus yerros y enmendarlos, pero la vanidad nunca. No, amado mio; la soledad es mucho mas grata para mí, y pues en ella fué donde pasé tan largo tiempo en la dulce tarea de hacerme digna de vuestro cariño, permitidme que en ella subsista dedicando mis dias á vuestra ventura. — En cualquiera parte la encontraré á tu lado, Delia mia; repúso el príncipe: mas perdona que no condesciendа en esta ocasion con tu deseo. ¿Podremos olvidar que nuestra union es efecto de

la constancia de Catalina? Estamos en obligacion de manifestarla nuestra gratitud, y solo cuando te vea llegará á conocer cuanto la debo?

Delia condescendió al fin con la voluntad de su esposo, y habiendo llegado á Petersburgo, y pedido el príncipe á la emperatriz el permiso de presentarse con su muger, se echaron entrambos á las plantas de la augusta Catalina, bañandolas con lágrimas de agradecimiento. Levantólos con suma bondad aquella soberana, manifestando su admiracion por la singular mudanza que advertia en la princesa, y que jamas imaginó que llegase á tanto apesar del antecedente que tenia con motivo de las gestiones de madama de Belmont para impedir la anulacion del matrimonio. Contáronle todo lo ocurrido. «Feliz Dazekoff, no soy yo á la

verdad á quien debeis dar gracias, sino á esta inapreciable criatura, pues tan gran prodigio es obra del amor que os tiene. Yo en administrar justicia, no hice mas que cumplir con la primera obligacion de un soberano. Veo que ahora os parece digna, y á fé que con mucha razon, de la clase á que debí elevarla, y en esto conocereis, que no es el nacimiento solo el que induce desigualdad entre los individuos, pues la educacion es la que mas los desiguala ó los nivela.

La favorable acogida que tuvo de la emperatriz la esposa del príncipe Dazekoff fue como la señal de los obsequios de los cortesanos, tanto que desde entonces no se hablaba en parte alguna de otra cosa, que de los embelesos de la princesa y de la ventura de su marido.

Despues de satisfacer el primer deseo de su corazon pagando el tributo de su justa gratitud á Catalina, solo pensó Delia en su quinta de Zendorff, donde su amiga la estaba esperando con gran impaciencia. Con la noticia de su pronta llegada, que difundió la misma madama de Belmont por aquellos contornos, se adelantaron al camino á recibirla multitud de infelices, de los que Delia consolaba y socorria en el tiempo pasado, atropellándose por verla y colmar de bendiciones el nombre de los dos esposos. «Aquí teneis, les decia, el bienhechor á quien debeis el alivio de vuestras miserias. — No, sé, la decia el príncipe, de qué alivio estais hablando? Cuales son los beneficios que me deben? — ¿Á quién sino á vos, le contestó su esposa, era deudora

yo de las cuantiosas sumas de que disponia?—Mi mayor complacencia era repartirlas á nombre vuestro, lo que duplicaba para mí su verdadero valor, pues al oir á tantos desvalidos bendecir vuestro nombre y manifestar el afecto que os profesan, llegaba á olvidarme de que estabais ausente, debiendo á esta ilusion momentos de la mayor delicia.—¡Ah, muger celestial! ¿Quién sabe como tú hacer felices á cuantos te rodean! esclamó Dazekoff; toda mi dicha la cifraré en imitarte y adorarte eternamente... En esto llegaron á Zendorff, cuyo aspecto pareció á Delia mas alegre y risueño que nunca, pues el prisma de la felicidad todo lo hermoseaba á sus ojos.

Madama de Belmont abrazó á su pupila con el ansia y el gozo, que se puede suponer, los criados

todos al saber que sus señores venian á residir en aquella quinta en la mas dulce union, prorumpieron en vivas y otras muestras de regocijo, Elena que habia tenido tanto tiempo de sobra para hacer *conjeturas*, y por no haber podido indagar el paradero de la princesa y su aya, ni oido hablar de ellas, habia asegurado á Alexwina, que estaban entrambas desterradas en Siberia, no se quedó poco sorprendida con el inesperado suceso de verla llegar en triunfo acompañada de su esposo.

Es inútil decir que Delia no perdió momento en dar puntual aviso á Julia de la próspera mudanza acaecida en su situacion, y como si la providencia se hubiese complacido en destinar aquella época para una cabal compensacion de las precedentes penalidades, hasta en esto le fue

propicia. El marido de Julia, llamado á su patria con un honorífico empleo, trajo consigo á su amable consorte, cuyo apacible y festivo caracter habia recibido en sus viajes nuevos atractivos.

Rodeada así de todas las personas de su cariño y estimacion, no le quedaba á Delia otra cosa que desear, sino ver de nuevo el pais en que habia nacido, al cual quiso tambien acompañarla su esposo que repugnaba haber de separarse de ella un solo instante. Al entrar en Lebnau salieron en tropel á recibirla sus habitantes. Á vista de los magníficos coches y brillante comitiva de una princesa, ninguno pensaba en su olvidada compatriota; mas como su corazon era el mismo en medio de tan portentosa diversidad de estado, pronto se dió á conocer por sus be-

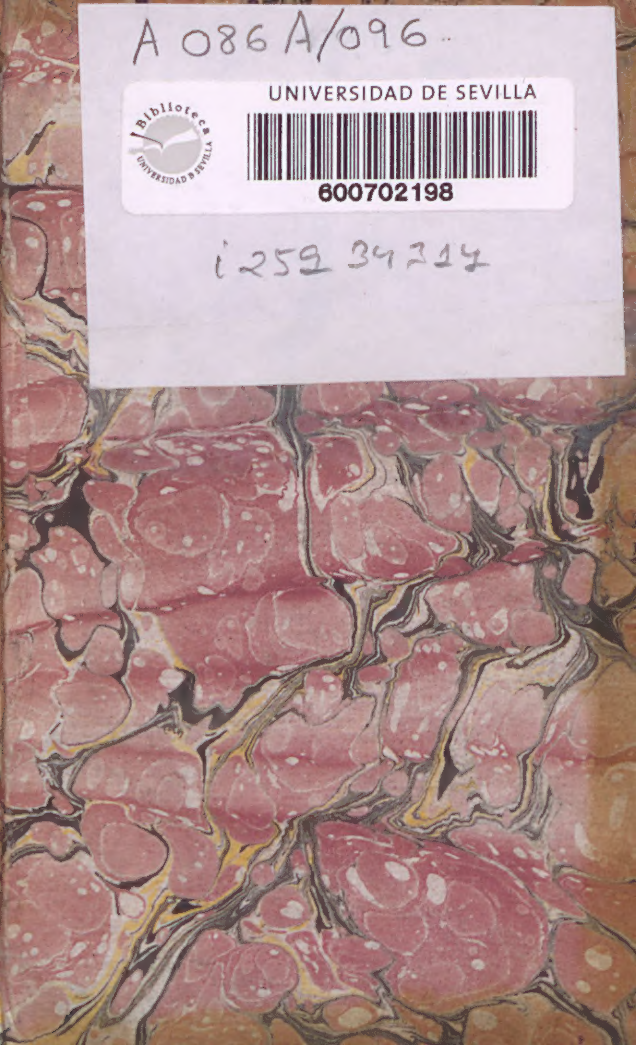
neficios. Impaciente por pagar el debido tributo á la memoria de su tierna madre iba con frecuencia á derramar flores y lágrimas en su sepultura y á pedir á Dios por ella en fervorosas oraciones. Su beneficencia alcanzaba á casi todas las familias de su pueblo y no dejó de notarse que los que mas se apresuraron á obsequiarla fueron los mismos que la habian zaherido con sus burlas y dicterios. Antes de dejar aquella aldea resolvieron ir juntos á la parroquia, y postrándose al pie del ara misma que oyó sus primeras promesas, renovaron con la mas profunda conmocion el voto de amarse perpetuamente.

Despues de recibir muestras infinitas del afecto y gratitud de aquellos naturales, volvieron los dos esposos á su ameno retiro mas con-

tentos y enamorados que el primer dia, y en el fijaron su habitual residencia.

Madama de Belmont jamas quiso salir de la quinta de Zendorff, donde los dueños la reverenciaban como madre, no olvidándose nunca de que la eran deudores de aquella felicidad que cada vez fue mas envidiable y colmada. Así á cada paso solia decir la prudente directora: ¡Veáse cuanto realce deben á la educacion los atractivos de la naturaleza! La hermosura suele deslumbrar; pero no es bastante para cautivar un corazon, sino viene acompañada de mas sólidas y duraderas calidades.




A 086 A/096
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600702198
i 259 34217


86
DELIA.
96


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm